SELECCION TERROR

BOLSILIBROS

ft

PREGUNTAD EN EL INFIERNO

Silver Kane

Y entonces Chris ya no pudo más.

Lanzó un grito aterrador que pareció llenar el silencio de la tarde.

Y cayó de bruces hasta el fondo de un vacío lejano, insondable, mientras su cerebro parecía romperse en mil pedazos.



Silver Kane

Preguntad en el infierno

Bolsilibros: Selección terror - 602

ePub r1.4
Titivillus 23.04.15

Silver Kane, 1985
Ilustraciones: Norma

Editor digital: Titivillus
Escaneador: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPITULO PRIMERO

Chris no había visto nunca aquella casa.

Era una gran mansión que estaba situada junto a una ciudad pequeña, la típica ciudad de diez mil habitantes que es normal en Nueva Inglaterra. Tenía una fachada que le daba aspecto de castillo medieval, lo cual no le pareció a Chris tan extraño, porque esa región de los Estados Unidos es la que vio llegar los primeros colonos europeos, y estos, cuando podían, construían sus casas según los gustos del Viejo Continente. La casa tenía además un torreón negro y solitario, y en su conjunto había algo en ella que no se sabía bien lo que era, pero que causaba un indefinible horror.

Chris notó que estaba sudando.

No sabía lo que le ocurría, pero sus músculos le dolían terriblemente a cada paso que daba.

Notó que avanzaba por un sendero hacia la casa. No quería avanzar, pero una fuerza irresistible le empujaba hacia ella.

El cielo estaba encapotado y gris.

La pequeña ciudad próxima a la casa aparecía terriblemente silenciosa, como si nadie hubiese vivido jamás en ella.

Chris vio entonces el nombre de aquel lugar. Estaba escrito en un lugar absurdo y al mismo tiempo terrible: la lápida de una tumba. En lugar de estar escrito en un indicador de madera o de piedra, como correspondía a una población normal, el nombre ocupaba parte de la lápida de un cementerio. Por ella se enteró de que la desconocida ciudad se llamaba North Valley.

Chris notó que hacía esfuerzos por detenerse, pero no podía. Aquella fuerza que era superior a su voluntad la seguía empujando. Vio entonces, con un escalofrío en los huesos, que junto a la casa que parecía un castillo medieval se extendía un pequeño

cementerio.

Avanzó hacia allí.

Permitía aquel silencio impresionante y el tiempo amenazaba lluvia, pero no caía ni una gota de agua. Tampoco se veía a nadie en los campos. En cuanto a la enorme casa, sí que parecía haber vida en ella, porque en una de las ventanas se había encendido una luz.

También notó que alguien se movía en el cementerio.

Caminando como una sonámbula, Chris avanzó hacia el interior. Pasó junto a unas lápidas que se caían de viejas, y vio entonces, con sorpresa, que un poco más allá alguien estaba enterrando a una persona. Dos sepultureros ya se disponían a hacer descender el ataúd hasta el fondo de la fosa.

La muchacha se dio cuenta con un estremecimiento de que ella conocía las iniciales de plata que estaban clavadas en el ataúd. Por lo menos le resultaban familiares. Eran las iniciales «T.L.», que podían corresponder a Ted Laurens. Ella se llamaba Chris Laurens. Por lo tanto aquel ataúd… ¡podía ser el de su propio padre!

La sensación de hielo que dominaba a la muchacha se acentuó, sobre todo cuando vio bien a la única persona que estaba al borde de la fosa, presidiendo el entierro. Aquella persona era su madre.

Se volvió hacia Chris. Iba vestida de negro y de pronto parecía terriblemente vieja, como si hubieran pasado siglos desde la última vez que se vieron.

—Chris… —murmuró—. Te esperaba.

—Hola, mamá.

—Has llegado a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—Supongo que querrás ver por última vez a tu padre, antes de que descanse para siempre en el fondo de esa tumba.

Chris se estremeció y tuvo la sensación de que hasta en lo más recóndito de su cuerpo la sangre se helaba en sus venas.

—¿Vais a abrir el ataúd? —preguntó.

Sin esperar respuesta, los dos hombres que se disponían a bajarlo al fondo de la fosa dejaron su siniestro trabajo, e hicieron algo más siniestro aún: alzaron la tapa del ataúd.

Fue así como Chris vio de nuevo a su padre, al que llevaba mucho tiempo sin ver. Iba muy bien vestido, aunque con esa

especial solemnidad con que siempre se viste a los muertos. Su cara estaba casi normal y tenía los ojos abiertos como si viviera, pero había algo espantoso en él: era aquel orificio en su frente, aquel orificio entre las cejas. Allí estaba el impacto de la bala que le había causado la muerte.

Su madre indicó:

—Deberías darle un beso de despedida, Chris.

Chris hizo un gesto de asentimiento, como una sonámbula, y se acercó al borde de la fosa, inclinándose sobre el ataúd. Recordó en aquel momento, como si fuese algo que le llegaba desde el fondo de una vida anterior, que ella había querido mucho a su padre. Y el solo hecho de verlo allí, con aquel orificio entre las cejas, la llenaba de angustia, de compasión y de dolor. Fue a hacer más profunda la inclinación para llegar hasta aquella cara, pero en el último momento se detuvo mientras en sus ojos cristalizaba una expresión de horror. Porque de pronto le pareció que aquél no era su padre. Y porque de pronto… ¡Los brazos se movieron! ¡El muerto alzó las manos hacia ella! ¡Trató de abrazarla!

Chris saltó hacia atrás mientras de su garganta escapaba un gemido de horror. Todo su cuerpo se estremeció, todos sus músculos parecieron a punto de romperse a causa de la horrible tensión. Se bamboleó al borde de la fosa y por unos momentos tuvo la espantosa sensación de que iba a caer en ella. Dio entonces un nuevo salto y se encontró entre los brazos de su madre.

—Calma, Chris… —exhortó aquélla con voz lejana, como si fuera otra persona la que hablase—. Calma… No sé qué te ocurre, pero me doy cuenta de que no quieres dar a tu padre un último beso de despedida.

La muchacha volvió la cabeza y de un modo febril señaló el ataúd, donde lógicamente aún tenía que estar el cadáver con las manos alzadas, tratando de tocarla. Pero entonces vio con sorpresa, con estupor, que eso no era cierto. El cadáver estaba como antes, horrible en su rigidez. Nada se había movido en él.

Su madre susurró con la misma voz lejana:

—Está bien, Chris, no debes sufrir por eso. Quizá eres muy chiquilla todavía para darte cuenta de lo que pasa. Pero no te preocupes, porque yo cuidaré de todo. Me quedaré hasta el final del entierro, ¿sabes? Mientras tanto tú debes volver a casa.

—¿Volver a casa? —balbució Chris—. Pero si está muy lejos de aquí…

—¿Lejos? ¡Qué tontería! ¡La tienes ahí al lado! Mírala. ¿Es que no la reconoces? ¿Qué te pasa, Chris? ¿No la reconoces?

Le estaba señalando la enorme mansión que parecía un castillo de la Edad Media. Chris sintió de nuevo un frío que le llegaba hasta los huesos, porque ella sabía que aquélla no era su casa, y porque ella jamás había visto un sitio así, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que debía creer a su madre. Era su propia madre quien le decía que aquélla era su casa.

De modo que se limitó a asentir:

—Sí, mamá.

Hubiera hecho cualquier cosa con tal de alejarse de aquel cementerio.

Y por eso fue dócilmente hasta el enorme edificio que cada vez le parecía más viejo, más silencioso y más negro. Una sola luz flotaba en una ventana, y por lo demás nadie parecía haber vivido allí nunca.

De todos modos Chris se dispuso a llamar golpeando el enorme aldabón de la puerta. Junto a ésta había una gran ventana de una habitación de la planta baja, ventana en cuyos cristales se reflejaban los últimos rayos del sol. La muchacha oyó el ruido del aldabón como un lejano trueno que retumbara en las entrañas de la casa.

Y entonces apareció.

Estaba en aquella ventana de la planta baja, mirándola fijamente a través de los cristales.

Iba en una silla de ruedas.

Tenía los ojos muy abiertos.

Y el terrible orificio en la frente.

Era su padre. Su padre…

¡Su padre había salido de la tumba y ahora estaba allí!

Las manos rozaron los cristales. Los brazos se tendieron hacia el vacío como si quisieran llamarla.

Y entonces Chris ya no pudo más.

Lanzó un grito aterrador que pareció llenar el silencio de la tarde.

Y cayó de bruces hasta el fondo de un vacío lejano, insondable,

mientras su cerebro parecía romperse en mil pedazos.

CAPITULO II

—Chris… Pero ¿qué te ocurre? ¿Qué te pasa, Chris?

Ella abrió pesadamente los ojos. Se sentía tan aturdida que por un momento le pareció estar flotando en el aire. Pero entonces notó confusamente que no flotaba, sino que estaba tendida en su cama, y que la que le hablaba de aquel modo era su propia madre.

—Chris…

La muchacha se desperezó del todo. Se dio cuenta de que se encontraba en su habitación. Todo estaba en orden. Era de día y no había allí cerca nada que causase miedo. Más allá de la ventana se distinguían los rascacielos, un poco perdidos entre la niebla, y en oleadas llegaban los ruidos del tráfico de Columbus Avenue, en el corazón de Manhattan.

Nada de cementerios, nada de tumbas, nada de casas con aspecto de castillo ni de muertos en silla de ruedas.

Su madre balbució:

—Has chillado en sueños, Chris… Me has asustado, ¿sabes? Y tienes la cara llena de lágrimas… ¿Qué te pasa?

La muchacha meneó la cabeza.

Ahora se daba cuenta de que aquello había sido simplemente una pesadilla. Pero la cabeza le seguía dando vueltas y por eso tuvo que cerrar los ojos.

—Me ha parecido que enterrábamos a papá —susurró.

—Pero, Chris… ¡Qué cosas! Sabes perfectamente que tu padre está enterrado desde hace más de un año.

—Sí, ya lo comprendo… Ha sido una pesadilla.

—Te traeré algo para calmarte. Una infusión con un poco de licor te irá muy bien. Espera.

Su madre, una mujer de cuarenta y cinco años que aún podía

pasar por bonita, se dirigió hacia la salida de la habitación. Pero entonces oyó la voz velada de Chris.

—Mamá…

—¿Qué?

—¿De qué murió papá?

—¿Por qué preguntas eso ahora?

—Bueno… Cuando todo ocurrió yo estaba en Europa. Estudiaba en Roma con aquella beca que me concedieron. Directamente no me enteré de nada, porque papá ya estaba enterrado cuando yo volví.

—Pues murió de una pulmonía. Ya te lo dije.

—¿Seguro?

—¿Y por qué te iba a mentir?

—Tienes razón, mamá. Perdona… Me siento avergonzada.

—No seas tonta, Chris. Las pesadillas vienen y van. Nadie es responsable de tenerlas.

Y salió de allí para regresar al cabo de poco tiempo con una infusión bien caliente. Chris la bebió con avidez y al cabo de poco tiempo se sintió mejor, pero lo que realmente contribuyó a animarla (y ella lo sabía) era la normalidad que se respiraba en la calle y en toda la casa. Nueva York no es una ciudad para fantasmas, sino para gentes vivas, muy activas y dispuestas a la lucha diaria. En sus calles hay muchos problemas, pero al menos las pesadillas y las visiones de ultratumba desaparecen.

Aunque con un poco de retraso sobre el horario acostumbrado, la muchacha fue a la biblioteca pública de la calle 42, una de las mayores del mundo, para seguir preparando su tesis doctoral. Cuando llegó al anochecer, con una carpeta llena de apuntes, su madre estaba ordenando unos papeles en la sala del apartamento que las dos ocupaban en el centro de Columbus Avenue. Era un apartamento relativamente caro, relativamente elegante, aunque Chris recordaba muy bien que antes de la muerte de su padre habían vivido en un sitio mejor.

Y esa noche notó algo extrañó en la atmósfera.

Su madre parecía preocupada. Una arruga vertical dividía en dos su frente. Chris notó en sus ojos una expresión turbia y lejana, como si no mirara a ninguna parte.

—Chris… —murmuró.

—Hola, mamá.

—Me gustaría hablarte de algo, ¿sabes? Algo importante.

—Pues claro que sí… Hablemos de lo que tú quieras. ¿De qué se trata?

—Andamos mal de dinero. Desde que papá murió hemos hecho grandes sacrificios para que pudieras seguir estudiando.

—Te dije que lo dejaría, mamá. No me importa ponerme a trabajar…

—Lo entiendo, pero es que ahora… ¡te falta tan poco! Después de lo que aprendiste en Europa sería una lástima que lo dejases ahora. Sin embargo tú sabes que últimamente he tenido problemas para pagar el alquiler de este apartamento.

Chris hundió la cabeza.

Sabía muy bien en qué problemas se debatía su madre, y lo que le dolía era no poder ayudarla más.

—Me pondré a trabajar —insistió—. Ahora las cosas no están muy bien, pero algo encontraré.

—No hará falta, Chris.

—¿Por qué?

—Me han ofrecido un empleo a mí.

—¿A ti?

—¿Qué pasa? ¿Tan vieja te parezco?

—No, no… Pero es que me extraña que, en estos tiempos, alguien te ofrezca un empleo sin que se lo hayas pedido.

—No se trata de un trabajo muy difícil, ¿sabes? Necesitaban una persona cuidadosa y ordenada, y por eso han pensado en mí. Se trata de cuidar una casa, de ser una especie de ama de llaves.

Chris alzó la cabeza bruscamente, como si la hubiera ofendido.

—¿Quieres decir que te vas a convertir en una criada, mamá? ¿Qué necesidad tenemos de eso?

—Oh, no, no se trata de servir a nadie. Yo no lo admitiría, ¿sabes? Parece que el gobernador del Estado la ha comprado para convertirla en museo, o algo así, y mientras tanto necesita alguien que la cuide. Pero está deshabitada, ¿sabes? Sólo habrá un par de personas trabajando allí, y precisamente voy a ser yo la que les diga lo que hay que hacer, de modo que seré todo lo contrario de una criada. ¿Qué te parece?

Chris tardó en contestar.

Sus ojos se perdieron por unos momentos en el vacío de la

habitación. La casa en la que vivían ahora ni le gustaba ni le disgustaba. No iba a llorar el día que se fuesen. Pero dejar Nueva York y mudarse a otro sitio, en plan de empezar una nueva vida, le desconcertaba.

Además había otro problema.

—¿Y mis estudios? —preguntó.

—Me he ocupado de eso. Si quieres, podrás ir cada mañana en autobús a cualquier biblioteca de Boston. Incluso a la de la Universidad de Harvard, que como sabes, es una de las mejores del mundo.

—¿Es que esa casa está cerca de Boston?

—Sí. En Nueva Inglaterra.

—¿Antigua?

—¿Por qué dices eso?

—Elemental, querido Watson —repuso Chris, tratando de animarse—. Si la quieren convertir en museo no será una casa moderna como para instalar una discoteca, digo yo.

—No… Tienes razón. Es una casa muy vieja.

—¿Más o menos qué aspecto tiene?

Su madre sonrió.

—Mira, eso sí que te lo puedo aclarar —dijo—. Me han enviado una fotografía para que yo misma me dé cuenta.

Y se la mostró.

Era una foto en color.

Los dientes de Chris produjeron un chasquido.

Sintió que la sangre dejaba de circular por sus venas.

Bruscamente notó que todo empezaba a dar horribles vueltas en torno suyo, mientras perdía la noción del equilibrio.

Porque la casa era la misma de la pesadilla…

Incluso con su negro torreón solitario y batido por el viento.

Era la misma…

¡La misma!

Chris sólo pudo decir:

—Dios santo…

Y cayó de su asiento, rodando por el suelo como una muerta.

CAPITULO III

Su madre no volvió a hablarle del asunto hasta tres días después. Para entonces un médico ya había atendido a Chris, ya le había recetado unos calmantes y le había dicho que los sueños terroríficos no tienen demasiada importancia. La verdad era que Chris —al fin y al cabo una muchacha sana, joven y fuerte— se sentía mucho mejor. Quizá por eso su madre se atrevió a hablarle otra vez.

—Pequeña, hemos de tomar una decisión.

—¿Una decisión sobre qué, mamá?

—La oferta que me hicieron. Está bien pagada y es digna. Además a ti te permitiría seguir estudiando y llegar a ser alguien. Pero es que hay algo más.

—¿Qué…?

—Tu padre no nos dejó dinero al morir, ya lo sabes. Nos hemos ido manteniendo con el seguro de vida que cobré, pero ahora el dinero se termina. Creo que no voy a poder seguir pagando este apartamento mucho tiempo más.

Chris se mordió el labio inferior.

—¿Tendremos que mudarnos? —preguntó.

—Creo que sí. A un sitio bastante más barato, por ejemplo Brooklyn o el Bronx. Columbus Avenue es un sitio selecto pero tales sitios cuestan a veces más dinero del que se puede pagar.

—No me gusta Brooklyn, mamá… Pero no puedo soportar la idea del Bronx.

—Lo mismo me ocurre a mí. También podríamos buscar un sitio más barato dentro de Manhattan, por ejemplo en las avenidas Once o Doce.

—No sé qué es peor.

—Pues entonces debemos acostumbrarnos a una idea, Chris: voy

a tener que aceptar el empleo que me ofrecieron.

Los dedos de Chris se entrecruzaron angustiosamente.

Con un hilo de voz musitó:

—Tú sabes que yo había visto «antes» esa casa, mamá.

—Es absurdo. Nunca has estado allí. Ni siquiera has puesto los pies en Nueva Inglaterra.

—Pero sabes muy bien que lo soñé. Y el médico debió hablarte de eso.

—Naturalmente que me habló. Dijo que no es tan raro lo que te pasó, porque hay personas que tienen una facultad especial para anticiparse a las cosas por medio de los sueños, es decir que sueñan lo que les va a suceder. Tú adivinaste en tu imaginación que a mí me ofrecerían un empleo para ir a vivir a esa casa.

—Es posible, pero… fue espantoso.

—No veo que esa casa dé miedo a nadie, Chris. En aquella comarca hay muchas parecidas. Incluso en Nueva York hay viejos edificios.

—Es que… también fue por lo de papá.

Su madre fue ahora la que entrelazó los dedos nerviosamente, como si le resultara difícil soportar aquella situación. Al fin manifestó:

—También me lo explicó el médico. El origen de todo fue que tú no llegaste a ver el cadáver de tu padre. No llegaste a tiempo para el entierro, y eso, según el médico, te ha dejado una sensación de culpa. Por lo tanto imaginas que ves el ataúd en la fosa e imaginas también que tu padre murió de una forma violenta. A eso obedece la idea del tiro en mitad de la cabeza.

—¿El médico cree todo eso?

—Me dijo que estaba seguro. Que es una especie de complejo, pero que se te pasará con el tiempo. Y que no debes esconderte. Que debes llevar una vida normal.

—De acuerdo, mamá, pero quiero hacerte una pregunta.

—Hazla.

—¿De qué murió papá?

—Te lo he dicho cien veces. No sé a qué viene eso.

—¿No lo asesinaron?

—Aún tienes metido en la cabeza ese maldito sueño de la bala en el cráneo, ¿verdad?

—Sí.

—Es absurdo pensar que alguien pudiera asesinar a tu padre. No tenía enemigos. No era tampoco un hombre rico, de esos que despiertan la envidia de la gente.

—¿En qué trabajaba últimamente?

—En lo de toda su vida. Era técnico en aparatos eléctricos y magnéticos de mucha precisión. Tenía un buen empleo. ¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes?

—Por si hubiera variado de oficio últimamente.

—No, no… Seguía haciendo lo mismo. Y tú comprenderás que a un técnico de mediana categoría, un hombre que ni siquiera inventa nada, no se le asesina. Por eso te digo que… que es absurdo todo tu sueño, Chris. Tu padre murió en la cama.

La muchacha cerró un momento los ojos, tratando de borrar la oscura sensación de horror que parecía írsele metiendo por todas partes, incluso por los poros de la piel.

—Sin embargo, mamá… En ese sueño… En fin, no sé explicarlo… Pero tuve la sensación de que quería decirme algo.

Su madre había cerrado los ojos también.

Estaba llorando.

—No debes hablar así —musitó—. Tu padre está muerto y debes dejarlo descansar. Yo lo quería con toda mi alma.

Y se oyó un sollozo en el silencio de la habitación. Chris dijo entonces con un hilo de voz:

—De acuerdo, mamá, no hablemos más. Trataré de olvidarme de todas esas absurdas pesadillas. Iremos a vivir a aquella casa.

Llegaron al anochecer, desde Boston, en un coche de segunda mano recién comprado. Chris se dio cuenta, con un escalofrío, de que a aquella hora la luz estaba exactamente igual que en aquel maldito sueño. Todos los reflejos, toda la situación todo el aspecto de las cosas era idéntico a como ella los vio en aquella macabra noche.

También la casa era idéntica a como la imaginó. No le faltaba un detalle. Resultaba asombroso. Todo era igual, hasta el aldabón de la puerta. Era como si la estuviese viendo en sueños otra vez.

Su madre susurró:

—¿Qué te pasa?

Chris tenía la mirada perdida.

Balbució:

—Nada…

—¿Tienes miedo de vivir en esa casa? Porque si lo tienes nos iremos… Aún estoy a tiempo de volverme atrás.

—Nada de eso… Me aguantaré. Debo dominar las pesadillas, mamá. Únicamente tuve un mal sueño.

Y trató de sonreír. Había de hacer todo lo posible por dominar aquella oscura sensación. Mientras salía del coche musitó:

—Seguro que nos acostumbraremos muy pronto a vivir en esta casa. Al fin y al cabo las pesadillas no tienen ningún sentido… ¿Sabes qué llegué a imaginar?

—¿Qué?

—Pues que papá me acechaba detrás de esa ventana que está junto a la puerta. Y que iba en una silla de ruedas.

Volvió a sonreír de nuevo. Quería alejar para siempre aquella estremecedora idea sugerida por la pesadilla. Fue a llamar a la puerta, golpeando con el aldabón, como había hecho en sueños.

Y entonces la vio.

La silla de ruedas.

Estaba junto a la ventana, quieta y vacía como el último vestigio de una maldición.

La muchacha sintió que todo daba otra vez una horrible vuelta en torno suyo.

Sintió vértigo y cayó de bruces, como un fardo, mientras se abría la puerta.

CAPITULO IV

—Esta silla de ruedas es bastante antigua —explicó unas horas más tarde el arquitecto que iba a acondicionar la casa como museo — y tiene un gran valor histórico. La utilizó el presidente Franklin Delano Roosevelt cuando vivió un par de días aquí, durante la campaña electoral de 1944. Ustedes ya deben saber que el presidente Roosevelt sufría de una parálisis parcial y muchas veces, para desplazarse, tenía que usar una silla de ruedas.

Chris ya empezaba a sentirse mejor y hacía un supremo esfuerzo para dominar su miedo. Lo curioso era que, al fin, encontraba una explicación lógica a todo lo que soñó.

—¿Por eso está la silla ahí? —musitó.

—Claro. Por eso.

—Gracias —dijo Chris—. He sido una tonta al asustarme por una cosa así.

Actuaban en la restauración de la casa cuatro hombres, dirigidos por el arquitecto. No tenían mucho trabajo, porque la enorme mansión se encontraba en muy buen estado, y lo único que tenían que hacer era adecuarla a su futuro uso como museo. La madre de Chris sería la encargada de atenderles en lo que necesitasen y administrar todo lo indispensable para la buena marcha de la casa.

La muchacha susurró:

—Se quedan ustedes a dormir aquí, supongo.

—Sólo un par de nosotros —contestó el arquitecto—, pero no se preocupe, la casa no queda deshabitada en ningún momento.

Era un hombre de mediana edad, de aspecto bondadoso, y Chris sintió en seguida que podía tener confianza en él. Mientras encendía un fuego de leña en la enorme chimenea que parecía haber sido construida en la Edad Media, preguntó:

—¿Quiénes son los vecinos?

—Bueno… Hay un gran colegio aquí cerca. Chicos y chicas que se preparan para el ingreso en la Universidad de Harvard. Su director es el señor Forrestal, una persona muy agradable. Ya le conocerá. También hay unas cuantas mansiones de lujo donde viven personas adineradas. Esta es una zona muy buena, es una de las más clásicas y antiguas de los Estados Unidos.

Paulatinamente Chris se iba sintiendo mejor allí. La casa, una vez en su interior, no era tan siniestra como parecía desde fuera. Estaba limpia, las habitaciones no resultaban hostiles y todo estaba bien iluminado. Incluso por un momento llegó a pensar que sus pesadillas habían sido una estupidez.

—Hay un pueblo aquí cerca, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Es una pequeña ciudad muy agradable y con todo lo necesario. Ya verá cómo se encuentra bien en ella, Chris.

—¿Cómo se llama?

—Tiene un nombre muy sencillo: Bay.

—No será fácil que se me olvide —repuso la muchacha.

—Pero antes tenía otro nombre.

—¿Cómo se llamaba?

—North Valley.

Chris hubo de cerrar los ojos.

Otra vez el miedo se le metió como una maldición hasta el fondo de los huesos, de las venas y de la sangre.

Le parecía estar viendo la lápida funeraria que distinguió durante la pesadilla, y aquel nombre de North Valley escrito en ella.

Había momentos en que aquello le parecía imposible.

Era como si se sintiese bien y de pronto se diera cuenta de que estaba descendiendo a lo más profundo del infierno.

Lattek, el arquitecto, preguntó:

—¿Qué le pasa?

—Nada… ¿Han usado alguna vez el nombre antiguo de la población?

—No, ya no se usa. ¿Por qué?

—Por nada… Me gustaría dar un pequeño paseo aunque sea de noche. Supongo que… que no son peligrosos todos estos parajes.

—No, no lo son. Nunca han ocurrido delitos aquí, aunque como es natural no le aconsejo que haga autostop en la carretera.

—No lo haré, claro que no —prometió Chris—. Después de vivir en Nueva York, una ya no se fía de nada. Solamente pienso llegar hasta el sitio donde está indicado el nombre de la ciudad.

—Vaya. Nosotros no nos iremos de aquí. Pero no se pierda.

Chris salió. No sabía por qué lo hacía, pero le era imposible quedarse quieta en la casa. Además la dominaba una irrefrenable, una casi enfermiza curiosidad. Quería saber si allí había más cosas, más detalles de los que ella había captado en su pesadilla.

Todo le parecía imposible.

¿Cómo podía haber adivinado tantas cosas, si ella jamás estuvo allí?

Se puso en los labios un cigarrillo, para dominar los nervios.

Las rodillas le temblaban, pero estaba decidida a seguir adelante. Quería quitarse el miedo como fuera. Quería luchar contra sus propios desvaríos, contra sí misma si hacía falta.

Vio entonces el coche detenido en el borde del camino. Era un sendero que llevaba desde la casa hasta la carretera. Formaba una levísima pendiente. El rumor del viento en las copas de los árboles era lo único que se oía en aquel rincón que parecía uno de los más apartados, más remotos y misteriosos del mundo.

Chris sintió miedo al ver aquel coche.

Sus luces estaban apagadas.

Pero se mantuvo firme. Tenía que dominar sus pensamientos como fuera. Si empezaba a sentir horror hasta de los coches con las luces apagadas, terminaría volviéndose loca.

Encendió el cigarrillo al pasar, tratando de que su gesto fuera despreocupado y tranquilo.

El joven que estaba al volante saludó:

—Buenas noches.

Chris le miró. Parecía una persona agradable y educada. Posiblemente uno de los profesores del cercano Colegio Superior del que le habían hablado. Y posiblemente estaba allí esperando a su novia. Era lo normal.

—Buenas noches —contestó Chris. Y en seguida se animó a preguntar:

—¿Queda muy lejos la carretera?

—No. A unas treinta yardas. ¿Va usted a la ciudad?

—Me gustaría.

—¿Quiere que la lleve?

—No gracias. Sólo he salido a pasear. Cuando me canse regresaré.

—Es peligroso andar de noche por la carretera. Algunos coches van embalados.

—Seguramente llegaré sólo hasta el final del camino. Gracias.

—Como quiera.

El joven dejó de prestarle atención, lo cual venía a demostrar que no era uno de esos mangantes que a veces acechan a las chicas solitarias. Chris siguió su camino hasta llegar al final del sendero.

No había estado nunca allí, pero lo reconocía muy bien.

Era como si lo viese de nuevo en la pesadilla.

Un gran roble a la derecha. Los restos de una vieja edificación a la izquierda. Y el final del sendero, en el punto de empalme con la carretera. Allí debía encontrarse sin duda la indicación con el nombre de la cercana ciudad: Bay. Así le habían dicho que se llamaba.

Pero de pronto los ojos de la muchacha se entrecerraron.

Porque veía la indicación. Pero no era la típica señalización reglamentaria. No… Era otra cosa. Chris no podía definiría, porque no la veía bien. Pero avanzó unos pasos más. De pronto tuvo la sensación de que no iba a poder respirar, de que el corazón se le estaba paralizando dentro del pecho. Entre la penumbra la vio… ¡Vio la lápida funeraria! ¡Y vio el nombre antiguo de la ciudad! ¡El mismo que pudo ver claramente en la pesadilla!

¡North Valley!

¡Un nombre que ella no había oído nunca, hasta que lo pronunció Lattek!

¡Pero un nombre que existía! ¡Ella lo vio en la pesadilla!

¡Y no era fruto de su imaginación! ¡Ahora estaba allí! ¡Allí! ¡Allí!

La muchacha se llevó las manos a la boca.

Todo dio vueltas en torno suyo. Sintió que sus rodillas vacilaban y que iba a caer, pero esta vez se dominó. Con los ojos desorbitados siguió mirando aquella lápida.

Y entonces oyó un ruido sordo.

Volvió la cabeza como un autómata. Sus ojos se le salían de las órbitas. Vio que el coche avanzaba con los faros apagados, pero sin que el motor funcionase, deslizándose en punto muerto por la suave

pendiente. La figura del joven con el que ella habló unos momentos antes se insinuaba tras el parabrisas. Era como una sombra.

Chris trató de huir.

Sabía que aquel desconocido venía a por ella. Sabía que allí estaba la muerte. Fue a mover las piernas, pero no pudo. Era como si las tuviese de piedra. Fue a gritar.

Y entonces el coche se detuvo. No hizo falta que nadie lo frenase, porque en aquel punto terminaba la pendiente y se iniciaba una suave subida que empalmaba con la carretera. Chris tuvo que ladearse de una forma instintiva para que las ruedas no la aplastasen.

Y entonces vio al hombre.

Estaba de bruces sobre el volante.

Con los ojos desorbitados también.

Con la boca espantosamente abierta.

Y dos líneas de sangre brotando por ella.

Muerto…

CAPITULO V

Ramsay dobló el periódico que había estado leyendo hasta el momento, acabó su café, encajó bien el revólver en la funda sobaquera —un Smith & Wesson calibre 38, modelo 15— y se acercó al teletipo que transmitía las últimas novedades. Amagó un bostezo al darse cuenta de que no había nada de interés. Estaba siendo una guardia excepcionalmente tranquila.

Pese a que Boston tiene fama de ser una ciudad puritana y de costumbres bastantes rígidas, se cometen en ella el suficiente número de crímenes para que la policía no descanse. Y sin embargo esta noche no ocurría nada, absolutamente nada. Era excepcional.

Ramsay, veintisiete años, uno noventa de estatura, apoyó sus puños de boxeador en la mesa y murmuró:

—Uno se muere aquí de aburrimiento. Creo que iré con un patrullero a hacer una ronda. Ya os llamaré por radio.

Fue en aquel momento cuando entró el teniente Craig.

—¡Ramsay! —llamó.

—¿Qué hay?

—Solicitan nuestra ayuda desde un pequeño departamento de policía. Es en la ciudad de Bay, a unas quince millas de aquí. Bueno, usted ya sabe. Hay dos agentes en Bay, pero parece que uno se ha puesto enfermo. El otro está desbordado y no sabe qué hacer.

—¿Qué pasa en Bay? Allí nunca había ocurrido nada. Mejor dicho… algún chico que se fugaba con alguna chica de la Escuela Superior.

—Esta vez hay un muerto.

—No me diga… ¿El clásico jovencito que se escapó con una jovencita, le dio demasiado a la marcha y tuvo un infarto en la cama?

—Menos bromas, Ramsay. Se trata de un asesinato. Y además parece que hay una chica medio trastornada y que necesita asistencia médica. Vaya con el forense.

—De acuerdo, de acuerdo… Pero aquélla no es nuestra jurisdicción.

—Para los homicidios sí que lo es. De todos modos, para evitar problemas con el juez, haga usted las diligencias y que las firme el otro. Quiero decir el policía titular de Bay.

—De acuerdo. Y gracias por el encarguito. Estaba fastidiado aquí.

Un patrullero le llevó a Bay en un cuarto de hora. Y lo primero que vio Ramsay fue un coche detenido en el cruce de la carretera, coche junto al cual había un fotógrafo, un periodista que masticaba un bocadillo y un viejo policía que se rascaba continuamente la cabeza y protestaba a gritos de que aquello lo hubiera chafado un partido de los Giants contra los Dockers que daban por televisión.

Ramsay gruñó:

—No se queje tanto, Mac. He oído el partido por radio y ha sido un asco. Bueno, ¿qué pasa aquí?

—Mire ahí dentro.

Ramsay miró.

Vio al joven todavía de bruces sobre el volante. Aquel solo vistazo le sirvió para darse cuenta de que le habían atizado un balazo en la nuca a muy poca distancia, porque la brecha era enorme. Pero debían haber usado silenciador, porque no se distinguían manchas de pólvora en la piel.

Se volvió hacia Mac.

—¿Quién era? —preguntó—. ¿Vecino de la ciudad?

—No, no lo había visto nunca.

—No me diga.

—¿Por qué leches no voy a decírselo? Aquí nos conocemos todos. Ésa es la única ventaja.

—La matrícula del coche es de Massachusetts —indicó Ramsay.

—Sí, es de este Estado. ¿Y qué? Como si fuera el único coche. Ya he dado los datos por radio para que me indiquen todo lo que sepan sobre ese hombre. O sobre el dueño del coche. Ya veremos.

Ramsay encendió un cigarrillo pensativamente.

—¿Cuándo ha pasado esto? —preguntó.

—Hace una hora más o menos.

—Me han hablado también de una chica…

—Fue ella la que lo descubrió —dijo Mac.

—¿En qué circunstancias?

—No lo sé. Yo ya regresaba a mi casa cuando la encontré corriendo como una loca por la carretera. Fue una casualidad que la encontrase yo… En fin, me detuve y más o menos entendí lo que me decía. De ese modo llegamos aquí.

—Y se encontró con la fiesta.

—Sí. Lo que me faltaba.

—Oiga, Mac, me han dicho al enviarme aquí que la chica estaba algo majareta y que por esa razón me trajera al forense. Pero, por lo que me cuenta, es la típica chica que ha descubierto un crimen y que sufre la natural excitación.

—Qué va. Ésa tiene algo más que excitación. Está loca.

—¿Por qué?

—Decía no sé qué de su padre.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Nada, excepto que su padre está muerto. La propia viuda, es decir la madre, me lo ha confirmado. Y no es eso sólo. Hay más.

—¿Qué más?

—Se ha hartado de decir que acababa de ver el nombre de la ciudad escrito en una lápida de cementerio colocada en el cruce de la carretera. Pero no el nombre actual, Bay, sino el antiguo, que hace muchos años era el de North Valley.

—¿Ella ha dicho eso?

—Sí. No me diga que no tiene bemoles lo de la lápida.

Ramsay arqueó una ceja.

Fue a ver la indicación reglamentaria, que estaba coloca da en su sitio, en el cruce. Todo era normal.

—Ni rastro de una lápida —dijo al volver.

—Mierda. ¿Es que esperaba otra cosa?

—No, claro que no. ¿Dónde está la chica?

—Siga por el sendero y encontrará una casa muy antigua, parecida a una fortaleza medieval. Van a utilizarla como museo dentro de algún tiempo. La chica ha llegado hace poco y ya ha armado una gorda. Ahora está allí.

Ramsay hizo una seña al médico.

—De acuerdo. ¿Me acompaña, doc?

Cuando llegaron a la mansión vieron a Chris sentada en un diván de la mansión, delante del fuego. El resplandor de las llamas se reflejaba en sus hermosos ojos, en sus mejillas aterciopeladas, en sus labios un poco trémulos. Tenía la mirada perdida y parecía ausente, muy lejana, como si otra vez estuviera hundida en una pesadilla.

A Ramsay le pareció una mujer muy bonita, una de las más bonitas que había visto. Pero también una de las más desamparadas.

Una mujer de mayor edad, pero todavía atractiva, estaba cerca. Ramsay la saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Su madre? —preguntó.

—Sí.

—Permita que me presente. Soy el inspector Ramsay, de la brigada de Homicidios. He venido desde Boston.

—Es… por lo de ese chico, ¿verdad?

—Sí.

—Terrible… De verdad terrible.

—¿Quiere que a su hija la atienda un médico?

—No… Sería mucho peor aún. Lo único que ella necesita es descansar.

—No sé si puedo dejarla descansar, puesto que necesito interrogarla. En fin… De todos modos, si no está en condiciones, puedo esperar a mañana.

Le seguía impresionando la mirada obsesivamente fija de Chris. Se daba cuenta de que ella estaba en otro planeta.

Se llevó a su madre aparte, pasándole amigablemente un brazo por los hombros.

—Por favor, señora… —pidió en voz baja—. ¿Podría hablarme de ella?

Los dos se fueron a un lado de la sala, mientras Chris seguía con la mirada perdida. Pero cuando Ramsay regresó junto a ella, podía decirse que la mirada también la tenía perdida él.

Le impresionaba aquella chica.

Tan joven y ya loca sin remedio.

Sentándose ante ella, como si estuviese hablando con una criatura, le dijo:

—Tienes que calmarte, Chris. Tu padre ya no volverá nunca, ¿comprendes? Murió… murió de una forma natural hace cosa de un año. Y no hay lápidas en las carreteras.

Chris pareció bajar del extraño planeta en que hubiérase dicho que estaba viviendo. Como si de pronto volviese a la realidad musitó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Ramsay. Pertenezco a la Brigada de Homicidios de Boston.

—¿Ha venido por… Io de ese joven?

—Sí. ¿Qué llegó usted a ver?

—Nada… nada importante… —balbució la muchacha, ordenando sus recuerdos—. Debieron matarle poco después de hablar él conmigo… No debió ser difícil, acercándose por detrás del coche. Luego empujarían al vehículo aprovechando la suave pendiente… Un solo hombre pudo hacerlo.

Ramsay cabeceó afirmativamente, dándose cuenta de que la mente de la chica coordinaba bien. Luego susurró:

—¿Le conocía?

—No, no lo había visto nunca.

En aquel momento entró Mac, de la policía local. Iba con otras tres personas: el periodista del bocadillo, una hermosa y distinguida mujer de unos treinta y cinco años y un hombre de unos cincuenta, que tenía un aspecto próspero y elegante, de ejecutivo que se gana bien la vida.

Mac anunció:

—Ya sé quién era el muerto.

—¿Sí? ¿Quién?

—Un compinche de éste.

Y señaló al periodista del bocadillo. Y éste declaró:

—Al muerto le habían quitado la documentación, pero yo me he acordado de que lo había visto una vez. Era un periodista del *Boston Gazette*, uno de esos que empiezan y buscan como sea un gran reportaje que les dé fama. Aunque no sé qué cuerno buscaría por aquí, un sitio donde no hay nada.

—Pues algo debió encontrar, desde el momento en que lo mataron —razonó Ramsay.

Y clavó los ojos en la elegante mujer y el hombre distinguido.

No cabía duda de que la hembra tenía una sesión de cama de todos los diablos, tenía una noche de esas que le vuelven a uno loco. Pero Ramsay apartó aquel pensamiento para preguntar educadamente:

—¿Quiénes son ustedes?

—Soy Nancy Basora, la principal accionista de la Escuela Superior que hay aquí cerca —contestó la mujer—. Quizá la haya observado al pasar en el coche. Es una escuela técnica de gran categoría, y preparamos alumnos para que ingresen en la Universidad de Harvard, en las ramas científicas. Nuestros especialistas acaban siendo capaces de montar desde un robot para fabricar automóviles hasta un ordenador.

A Ramsay no le interesaba eso. No pensaba ingresar en ningún departamento técnico-científico de la Universidad de Harvard. Por eso aceptó las explicaciones con una sonrisa de cortesía y miró al hombre.

—¿Y usted? —preguntó.

—Me llamo Monaghan. Soy el administrador de la escuela.

—Gracias. ¿Puedo preguntarles por qué están aquí?

—Por si necesitan nuestra ayuda, naturalmente —declaró Monaghan—. Somos los vecinos más próximos.

—Pero ¿han visto algo?

—No, la verdad es que no.

—Entonces gracias por su colaboración. Les llamaré cuando mañana, con luz natural, intente hacer la reconstrucción del crimen.

—De acuerdo… Como usted prefiera —dijo Nancy Basora.

Pero ninguno de los dos se movió de allí. Ni tampoco Mac o el periodista del bocadillo. Ocurría algo extraño, algo que no tenía sentido. Parecía haberse detenido el tiempo, parecía haberse corrompido el aire, parecían haberse frenado los latidos del corazón de todos los que estaban allí.

Y por una cosa muy sencilla, por una cosa que no tenía explicación: por los ojos de Chris. Eran unos ojos terriblemente concentrados, terriblemente fijos, unos ojos que reflejaban un insondable horror, un miedo que estaba más allá de este mundo.

Ramsay pestañeó.

No hubiera sabido explicarlo.

Pero en toda su vida había visto semejante mirada de miedo. Por eso siguió la dirección de aquella mirada.

Y entonces ella balbució:

—Papá…

Fue un grito que quedó flotando en el aire, un grito donde se mezclaban el horror y la esperanza.

Ramsay volvió inmediatamente la cabeza, siguiendo la mirada de la chica. Y entonces vio algo parecido a una mancha que se recortaba en los cristales, algo parecido a la cara de un hombre.

De un salto, Ramsay fue hacia allí.

Pero ya no había nada. Ni rastro de un ser humano.

Sólo la noche —como una maldición o como una amenaza— flotaba más allá de los árboles.

CAPITULO VI

La reconstrucción del crimen, a la mañana siguiente, no aportó nada nuevo para Ramsay, quien se dio cuenta de que aquél no iba a ser, ni mucho menos, un caso fácil de resolver. No se apreciaban en la tierra del sendero huellas de zapatos, ni siquiera los de Chris, que afirmaba haber estado allí. Eso probaba que el asesino o la asesina, después de empujar el coche, había barrido el polvo con un ramaje, para borrar todo rastro. Después se había deslizado por un caminillo asfaltado que conducía a la carretera, y donde, como era lógico, no quedaba huella alguna.

Lo único que estaba bien marcado en la tierra era la impronta de los neumáticos, pero eso no le servía de nada a Ramsay. ¿Para qué diablo quería la huella de los neumáticos, si ya tenía el coche?

Dejó a Mac encargado de las investigaciones y volvió a Boston. Una vez allí se procuró una autorización de un juez de distrito de Nueva York para poder entrar legalmente en el domicilio de Chris en Columbus Avenue.

Una cosa estaba clara para él.

El miedo de la chica. Y la belleza de la chica.

Era ya casi de noche cuando se presentó en Columbus Avenue. El pequeño apartamento en el que hasta poco antes vivieron Chris y su madre estaba desierto, pero limpio y ordenado. No había un solo objeto que se hallara fuera de su sitio, como si la hermosa muchacha y su madre fuesen a volver de un momento a otro.

Ramsay examinó los objetos meticulosamente, pero sin alterar el orden de lo que había allí. Vio unas cuantas fotografías del padre de Chris y encontró unos viejos sobres de salarios. Fue un técnico bien pagado, el cual, además, había tenido una habitación llena de cachivaches y en la que, por lo visto, se dedicaba a hacer

experimentos por su cuenta. Había allí planos de máquinas, una computadora de diseño y de cálculo, libretas llenas de anotaciones matemáticas… Todo aquello acabó mareando a Ramsay, quien jamás se interesó por los números.

Pero una cosa estaba clara. No había allí el más mínimo desorden. Daba la sensación de que el padre de Chris iba a volver en cualquier momento, como si estuviese vivo.

¿Vivo?

Ramsay sintió un estremecimiento.

No sabía lo que le pasaba.

Quizá era absurdo, pero tuvo que mirar a todas partes porque le parecía que todos los rincones de la casa estaban llenos de ruidos furtivos.

Al fin Ramsay hizo una mueca.

—Debo estar volviéndome viejo —masculló.

Y pensó que al día siguiente iría al Registro Civil para obtener un certificado de defunción de Ted Laurens, el padre de Chris. Allí diría de qué murió, y además constaría el nombre de su médico. Quizá aquello era absurdo también, porque Ramsay consideraba que aquel hombre estaba muerto y bien muerto. Pero sin embargo no podía evitar la oscura sensación de que algo de él seguía flotando en el aire.

Encendió las luces del salón, examinó el equipo de vídeo y pudo darse cuenta de que había varias cintas, presumiblemente grabadas, colocadas al lado. Como allí podía haber filmaciones familiares que le interesasen y le orientaran en sus pesquisas, fue colocando las tres cintas una tras otra. Comprobó que eran películas comerciales sin demasiado interés.

Las miró enteras, por si en medio de la cinta había grabado alguna escena familiar, o por si se había doblado alguna voz, como ocurre a veces. Al cabo de más de tres horas, y cuando ya pasaba de la medianoche, se dio cuenta de que había estado perdiendo el tiempo.

Bueno, tenía que largarse de allí. Lo único que se llevó fue una de las fotos del padre de Chris, por si la necesitaba para cualquier identificación. Nunca se sabe.

Estaba ya en la puerta cuando se volvió.

En fin, no sabía lo que le pasaba.

Era como si oyese una voz en la casa.

Una llamada.

Una fuerza misteriosa que le atraía como un imán.

Ramsay puso maquinalmente la derecha sobre la culata de su revólver.

Sentía que todo aquello era ridículo.

¿Qué pensaba? ¿Qué iba a disparar contra un fantasma?

Unas gotitas de sudor perlaban su frente.

Ramsay jamás había sentido miedo. En la brigada le consideraban el detective más valeroso de Boston, pero sin embargo en este momento no sabía lo que le estaba ocurriendo. Era como si se encontrase en otro planeta… según pensaba respecto a Chris Laurens.

Y en su interior seguía oyendo aquella voz.

Una voz que le llamaba…

Pero ¿desde dónde?

Ramsay volvió al interior del apartamento. No iba a que darse con aquella maldita duda. Se sentó en uno de los divanes, frente al televisor apagado, y esperó.

Poco a poco se fue calmando.

Aquella sensación de que le llamaban, de que en la casa había alguien, fue desapareciendo paso a paso.

Era como si la carga magnética de la casa se extinguiera. Como si las fuerzas del Más Allá se batiesen en retirada.

Ramsay no hubiera sabido explicarlo.

Pero una inmensa sensación de reposo le iba invadiendo lentamente. Se durmió con la sensación de que alguien le vigilaba desde los rincones, de que alguien saltaría sobre él desde las sombras.

Pero cuando despertó, a la mañana siguiente, nada había ocurrido. Todo estaba en orden. Los mil ruidos de Columbus Avenue, que es una vía comercial muy activa, acabaron de desperezarle y le dieron una absoluta sensación de normalidad. Nada de fantasmas. Aquello era el Nueva York de todos los días.

Extralimitándose en la orden judicial, pero sabiendo que nadie iba a presentarse a molestarle, se dio una ducha, se vistió de nuevo

y salió. Después de comer algo en un Milk Bar fue a la oficina de registros del distrito.

No le costó ningún trabajo conseguir un certificado de defunción de Ted Laurens. Todo estaba en orden. Lo único curioso era que, como causa de la muerte se señalaba «Hemorragia interna».

Ramsay se puso un cigarrillo entre los labios y echó a andar de nuevo. Sabía bien que el concepto «hemorragia interna», que en sí no significa nada, se utiliza a veces para disimular la causa de la muerte de personas que han sido asesinadas. Ello se hace para que, cuando los familiares presenten en algún sitio esos certificados, no tengan que pasar por la violencia de explicar que en su casa ha habido un crimen.

Claro que ante un juez los certificados son distintos. Entonces se detalla meticulosamente la causa real de la muerte. Pero como Ramsay no pensaba molestarse ahora en obtener otra autorización judicial, hizo lo más sencillo: ir a ver al médico que había certificado la defunción.

Tenía su nombre allí. Era un hombre llamado Murphy, que vivía hacia la calle Treinta, cerca de donde está el edificio del *New York Times*.

Encontró el consultorio fácilmente. Consistía en un par de habitaciones pequeñas y sórdidas. El tal doctor Murphy debía tener muy pocos pacientes y además pobres, a juzgar por sus instalaciones. Pero Ramsay pensó que eso poco tiene que ver, porque podía ser un hombre de poca fortuna y poco espíritu comercial, y sin embargo resultar un excelente médico.

Encontró a una sola enfermera.

Era una mujer todavía bonita y que estaba en un taburete leyendo una revista de modas.

Enseñaba las piernas descaradamente.

Miró a Ramsay como si pensara que con aquel hombre quizá valdría la pena dejar la revista de modas para pasar a otras actividades más interesantes.

Pero Murphy se limitó a sonreír.

—¿El doctor Murphy? —preguntó.

—Vuelva otro día. Hoy no hay visita.

—¿Por qué no? Mire, aquí mismo, sobre el cristal de entrada se indican horas y días. He sido puntal. Y además está usted aquí, ¿no?

—Yo sólo soy la enfermera.

—De verdad siento molestarla, pero es que me urge mucho hablar con el doctor Murphy. Se trata de un asunto profesional.

La mujer hizo un gesto de duda.

Pareció vacilar unos momentos, pero al fin se decidió a advertir:

—Verá, es algo complicado.

—¿Qué pasa?

—Estoy preocupada, ¿sabe?

—¿Por qué?

—Incluso estaba pensando en avisar a la policía. Pero no lo he hecho porque, a veces, el doctor Murphy se marcha sin dar explicaciones y tarda en volver. No tiene importancia.

—¿Es que se ha marchado?

—Sí. Se fue sin dar ninguna explicación.

Ramsay estuvo a punto de decir que él pertenecía a la policía, pero se detuvo a tiempo. No quería decir así como así que estaba haciendo una investigación. Y además él no tenía ninguna autoridad en Nueva York. Era un policía de la brigada de Homicidios de Boston.

—Quizá convenga que avise usted —sugirió de todos modos.

—Esperaré hasta mañana. A lo mejor vuelve. Más claro: estoy completamente segura de que volverá.

—¿Se fue solo?

—No. Vino a buscarle una persona.

Ramsay sonrió con un guiño de complicidad.

—Una mujer, supongo —dijo.

—No. Era un hombre.

—Pues entonces esté seguro de que volverá. No es fácil que con un hombre se haya ido de vacaciones a las Bahamas.

Y se dirigió a la puerta. Pero una vez allí se detuvo.

Un pensamiento le hacía estremecer.

Era algo absurdo, pero se le había metido entre ceja y ceja, y no lograba arrancarlo de allí.

—Diga… —dijo.

La enfermera se había sentado de nuevo en el taburete y volvía a enseñar las piernas.

—¿Qué? —preguntó.

—¿El hombre que vino a buscarle era éste?

Y le mostró la foto del padre de Chris.

La enfermera vaciló un momento, mirando aquella cara.

Pero al fin hizo un gesto afirmativo, improvisó una sonrisa y manifestó:

—Pues claro que era él… ¿Cómo lo ha adivinado, amigo?

CAPITULO VII

Ramsay volvía a la ciudad de Bay, a la antigua North Valley.

Sentía como si la cabeza le fuera a estallar. También él tenía la sensación de vivir en otro planeta.

Pero necesitaba mantener la serenidad. Necesitaba fingir que no estaba enterado de nada. Si él se dejaba llevar también por aquel clima de pesadilla, estaba bien listo.

Mas la verdad era que no lograba evitarlo del todo. Incluso conducía como un borracho. Dos veces tomó las curvas mal, y se encontró patinando hacia el lado opuesto de la carretera.

Meneó la cabeza.

Maldita sea, tenía que serenarse o se volvería loco.

No le había hecho ningún comentario a la enfermera. Había obrado como si todo fuese lo más natural del mundo y como si el doctor Murphy hubiese de aparecer en cualquier momento por la puerta. Pero inmediatamente después de salir del consultorio fue a ver al sargento Clark, un amigo suyo que estaba destinado en el Precinto de aquella zona.

Clark le explicó unas pocas cosas. Que el doctor Murphy, por ejemplo, era un hombre honrado. Y que vivía solo. Y que si había desaparecido por un par de días era asunto suyo. Seguro que el tipo que le vino a buscar era un amigo y desde allí se fueron los dos a buscar unas tías para pasarlo en grande. Volvería sin blanca y con mala cara, pero dispuesto a empezar de nuevo.

Ramsay tuvo que decir que sí.

Era posible que hubiese sucedido eso.

Pero él no lo creía.

Mientras conducía hacia Bay, pensó también en las extrañas causas de la muerte aparente de Ted Laurens.

El sargento Clark había dicho que investigaría sobre las causas de aquella muerte y que ya le facilitaría un informe. Pero éste podría tardar dos días o tres, porque Clark era un hombre con mucho trabajo.

Ramsay volvió a mover la cabeza.

Necesitaba despejarse.

Infiernos, ¿qué le pasaba?

Cuando distinguió de nuevo la sombría mole del edificio donde ahora vivía Chris, tuvo la sensación de haber estado allí muchos años antes. Quizá en una vida anterior. Era algo que no explicaba.

Algo que no tenía sentido, pero que se le iba metiendo poco a poco hasta dentro, como una maldición.

Uno de los hombres que trabajaban en las obras de restauración acudió a recibirle.

—Hola, inspector. Ya pensábamos que no volvería por aquí. Que el asunto estaba cerrado.

—Desgraciadamente no puede estarlo —aseguró Ramsay—. No se ha adelantado absolutamente nada.

—¿Sabe al menos qué buscaba ese periodista por aquí?

—Ni idea —reconoció Ramsay—. En su periódico tampoco lo saben. Tengo la sensación de que buscaba un reportaje por su cuenta.

—¿Sobre qué?

—¿Y cómo voy a saberlo? Oiga, ¿qué tal la señorita Chris?

—Parece que algo mejor.

—¿No ha salido?

—No, no se mueve de la casa.

—Pues le convendría moverse un poco. Dígame: ¿dónde está?

—Arriba, en la biblioteca.

—Gracias.

Ramsay fue hacia allí.

La verdad era que no acababa de entender lo que le pasaba, pero no conseguía evitarlo, sentía un deseo inmenso de volver a ver a Chris. Era como si aquella muchacha hubiera pasado, de pronto, a significar lo más importante de su vida. En cambio no le acababa de gustar su madre. No sabía por qué, pero en la madre había algo extraño, algo incomprensible y turbio, como si tuviese el mayor interés en propagar sin ningún reparo que su hija se estaba

volviendo loca.

Encontró a Chris en la enorme biblioteca de la casa. Era un lugar elegante, pero sombrío, que parecía hecho a propósito para guardar libros que sólo hablasen de personas muertas.

Sin embargo la sonrisa de Chris estuvo llena de vida. La sonrisa de Chris sí que le compensó. Y Ramsay se dio cuenta, con un recóndito sentimiento de felicidad, de que ella también había estado deseando verle.

—Hola, Chris.

—Hola, señor Ramsay.

—No me llames «señor». Somos casi de la misma edad.

—Pero tú eres un detective de la brigada de Homicidios.

Ramsay lanzó una carcajada.

—Lo cual significa que cualquier día te detengo y te llevo conmigo —le espetó.

—¿Adónde?

—A pasar una semana a las Hawaii.

Chris rió también. Era evidente que los dos hacían un esfuerzo por estar alegres, por olvidarse de la atmósfera depresiva de la casa, pero en el fondo de sus ojos seguía flotando una sombra de duda. Y en los de Chris flotaba además una lejana chispita de horror.

—¿Has averiguado algo? —preguntó.

—No, nada.

Ocultó cuidadosamente que había estado en la casa de Chris, en el corazón de Manhattan. Ocultó cuidadosamente, sobre todo, que él empezaba a tener también extraños indicios de que Ted Laurens aún vivía.

—¿Qué hacía ese joven periodista por aquí?

—Buscaba un reportaje.

—¿Lo cual significa que en aquel coche con las luces apagadas quería observar a alguien o esperaba ver pasar a alguien?

—Probablemente sí.

La muchacha se levantó de su asiento y dio unas vueltas por la habitación, mostrando sus poderosas curvas y las jóvenes líneas de su cuerpo.

—Pero ¿qué reportaje puede haber aquí? —preguntó—. No veo nada de interés. Tal vez esta casa que van a convertir en museo… Sin embargo, si quisiera hacer un reportaje sobre esto, no

necesitaría ocultarse de nadie. Solamente pedir permiso y ya está.

—Es cierto.

—Queda la Escuela Superior —susurró ella—, el único edificio que hay cerca. Pero no veo que tenga interés para nadie. Es como cualquier otra.

Ramsay cabeceó afirmativamente.

Había estado haciéndose las mismas preguntas que la chica, para llegar a las mismas conclusiones que ella.

—Tal vez esta casa tenga algo que no sabemos —dijo al fin.

—¿Esta?

—Hay casas que tienen… ¿cómo lo diría?… Tienen una especie de influencia magnética sobre las personas.

—Qué tontería…

—No digas eso, Chris. El mundo entero es magnetismo. El universo se mantiene como está gracias al magnetismo. Las leyes que regulan los movimientos de los astros, y que descubrió Newton, son magnetismo puro.

—No puedo negarlo —admitió Chris con un hilo de voz—. Además mi padre trabajaba en aparatos magnéticos.

—Pues es curioso.

—Es una simple casualidad.

—Naturalmente, Chris.

—Eran aparatos de gran precisión… Aparatos para laboratorios. Él era algo así como el asesor técnico. Los ingenieros los diseñaban, pero él los repasaba y les daba el toque final.

—Entiendo.

Chris dijo orgullosamente, demostrando que había amado mucho a su padre:

—Papá no era un cualquiera. Los más acreditados clientes, o sea los grandes laboratorios, querían que los aparatos los revisase él.

—Eso es magnífico, Chris.

—Pero últimamente tuvo grandes disgustos. Bueno, yo no llegué a verlo, porque yo estaba estudiando en Roma, pero mamá me lo decía a veces. Mi padre estaba preocupado porque algunos de sus aparatos llegaban estropeados después del transporte.

A Ramsay no le interesaba aquella conversación, pero por pura cortesía la continuó. E hizo una pregunta:

—Quizá los trataban mal durante el viaje. ¿Los enviaban en

avión, no? Debían de ser máquinas de muy poco peso.

—Oh, no. Las enviaban en barco.

—¿Por qué?

—No se trataba del volumen de la máquina, sino del volumen del embalaje. Iban en cajas muy grandes y súperprotegidas. Un leve choque de cualquiera de esas máquinas y ya no servían para nada.

—Ya comprendo.

—Además no las podían enviar en avión por otra razón. Mi padre me lo explicó una vez: el metal del avión podía afectar o alterar el sistema magnético de las máquinas. Por eso facturaban siempre las cajas por mar, y además las colocaban obligatoriamente en lugares de las bodegas donde no hubiera metales próximos. Por ejemplo junto a cajas de materiales plásticos, de libros, de maderas, etc… Bueno, pero ahora me doy cuenta de que te estoy hablando de cosas del trabajo de mi padre que no te importan para nada. Te estoy aburriendo.

—Oh, no, Chris. Todo eso me interesa.

Y añadió sin mirarla:

—¿Tu padre trabajaba en radiactividad?

—No lo sé.

—Pero ¿es posible?

—Sí. Es posible. Mamá lo sabrá.

—¿Pudo la radiactividad afectarle en algo?

—¿Por qué preguntas eso?

—No lo sé… En fin… La radiactividad es todavía la gran desconocida… No sigue las leyes de la vida ni de la muerte. La radiactividad no muere jamás. O muere quizá al cabo de millones de años, lo que según la escala humana es algo así como la inmortalidad más absoluta. Pienso que tu padre… En fin… Quizá llegó un momento en que tampoco estaba sometido a las leyes de la vida y de la muerte.

Las palabras quedaron flotando un momento en el aire, parecieron flotar entre los dos como una obsesiva pesadilla.

Chris se detuvo en seco.

Estaba terriblemente pálida.

—¿Por qué has dicho eso? —farfulló—. ¿Por qué?

—No lo sé, Chris.

—Tú también piensas que mi padre vive, ¿verdad?

—No he dicho eso.
—Pero lo piensas.
—Bueno… No hablo de una vida normal, de una vida como la entendemos todos… Eso sería absurdo.
—Sí. Sería absurdo, pero no sería terrorífico —asintió Chris con voz opaca.
Como si no la hubiese oído, él continuó:
—Me estoy refiriendo quizá a rastros, a destellos… Bueno, a cosas que puedan dar una cierta sensación de vida.
Y al final se dio cuenta de que estaba asustando a Chris. A veces no conviene pensar en voz alta como él estaba haciendo. Intentó sonreír mientras decía con expresión despreocupada:
—Pero qué idiota soy… Resulta que yo, un policía que quiere ser serio y al que han educado según los métodos científicos, esté hablando de aparecidos y de rastros de vida que no son vida. Me parece que a este paso van a ponerme a dirigir el tráfico. En fin, más valdrá que nos tomemos una copa y charlemos los dos de lo bonita que es esta comarca. Iré a la habitación de al lado y veré si aún queda una botella de *whisky* de malta. Es insuperable.
Y fue hacia una puerta que estaba a la derecha.
Pero no llegó a abrirla.
De pronto se detuvo.
Era como si un muro de cristal le impidiera seguir. Era como si algo le detuviese, y no sabía qué. Al final lo comprendió. Era la mirada de la chica. Chris le estaba contemplando desde el centro de la biblioteca, pero con tal horror que la mirada de aquellos ojos parecía paralizar hasta el aire.
Chris le llamó.
—Ramsay…
—¿Qué?
—Repite lo que has dicho.
—Pues… Bueno… He hablado de la habitación de al lado y de una botella de *whisky* de malta. ¿Qué tiene de raro?
—Sólo una cosa.
—¿Cuál?
—Tú no puedes saber lo que hay en esa habitación de al lado. No has estado jamás en ella.
Ramsay no pudo contestar.

Sintió que la boca se le crispaba.

Y sintió también que inexplicablemente, por primera vez en su vida, las rodillas empezaban a temblarle.

CAPITULO VIII

Notó que no respiraba.

Y al fin meneó la cabeza.

Aquello era inexplicable. No sabía lo que le pasaba. Pero fuera lo que fuera, debía tener una salida lógica, y él estaba dispuesto a encontrarla. La vida le había enseñado que los policías buscan hombres y mujeres, no fantasmas.

Intentando sonreír, manifestó:

—En fin… Claro que no he estado nunca en esa habitación. He hablado solamente porque quizá imaginaba algo que no tiene sentido y que no es verdad. Quizá yo he imaginado, o mejor dicho he deducido, que tiene que haber ahí una habitación porque he visto la puerta. Y me ha dado por pensar que en un sitio así tiene que haber una botella de *whisky* de malta. Y a este ambiente le falta esa botella.

La muchacha susurró:

—Tú has dicho que ahí hay *whisky* de malta. Y sin embargo no habías estado nunca ahí. ¿Entonces por qué lo sabías? ¿Por qué? ¿Por qué?

Chris estaba a punto de chillar. De un momento a otro perdería los nervios. Y por eso Ramsay trató de aparentar calma, aunque tampoco él sabía lo que le pasaba.

—Es verdad —dijo—, nunca había estado ahí.

—¿Pues entonces?…

—Bueno, de todos modos seguro que son imaginaciones mías. En la mesa de la derecha no hay ninguna botella de *whisky*, estoy convencido de que no.

Chris musitó:

—Ramsay, ¿te das cuenta de lo que has dicho?

—¿Qué?

—Has dicho mesa de la derecha.

Y añadió con un soplo de voz:

—¿Cómo sabes que esa mesa existe?

Ramsay estaba lívido. Era la primera vez que le ocurría una cosa así. Y lo peor era que sabía que para aquella pregunta no había respuesta.

Pero de todos modos dijo:

—Es una pura fantasía, ¿sabes? Seguro que más allá de la puerta no hay nada de eso.

Y abrió.

Fue entonces cuando lo vio todo.

Dos mesas.

Una de ellas estaba a la derecha.

Y en su superficie, descansaba una botella de *whisky* de malta.

Ramsay se volvió. Los huesos de su atlética espalda produjeron un crujido. Acababa de oír la respiración jadeante de la mujer que parecía estar ahogándose.

Chris balbució:

—¿Cómo lo sabías?

—No lo entiendo.

—Júrame que no habías estado nunca aquí.

—Te lo juro.

—Entonces te lo diré con toda claridad, Ramsay. Yo no había estado tampoco nunca aquí. Y sin embargo… ¡sin embargo conocía todos los detalles de esta casa!

—¿Por qué?

Había lágrimas en los ojos de Chris. Flotaban en ellos lágrimas de desesperación y de miedo cuando contestó con otra pregunta:

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pero es que yo… yo… En fin, hasta ahora había estado seguro de tener una cabeza muy clara.

—Yo no era tonta, Ramsay. Había ganado una beca para estudiar en Roma. De entre cincuenta alumnas que se examinaron para lograr esa beca, yo salí elegida. Yo también pensaba que mi cabeza era clara y que estaba… que estaba ordenada. Pero ahora me doy cuenta de que no soy más que una pobre visionaria y una pobre loca.

Los puños de Ramsay se crisparon.

—Ni estás loca tú ni estoy loco yo, Chris. Esto ha de tener una explicación. Y te juro que la encontraremos.

—¿Cómo?

—La encontraremos —fue todo lo que dijo él.

Bruscamente parecía más alto, más duro, más fuerte. Se dirigió hacia el teléfono que había en la biblioteca y marcó un número de Boston. Cuando le contestaron, dijo:

—¿Teniente…?

La voz le contestó desde el otro lado del hilo.

—Hola, Ramsay. He reconocido tu voz. ¿Qué hay?

—Voy a necesitar unas vacaciones.

—Tu padre.

—Seguiré trabajando en el asunto de ese crimen, pero no volveré a Boston de momento. Consideremos fuera de servicio.

—Tu padre.

—Serán sólo diez días.

—Tu padre.

—Gracias, teniente —dijo Ramsay.

Y colgó el aparato.

Chris le miraba ansiosa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Estaba encantado. Ha dicho a todo que sí —contestó Ramsay.

CAPITULO IX

Estaba anocheciendo cuando encontró a Nancy Basora. La dueña de la Escuela Superior tenía unos andares elásticos, felinos, jóvenes, unos andares de mujer tras la cual uno iría al fin del mundo si supiese que en el fin del mundo había una cama.

Pero Ramsay estaba demasiado obsesionado pensando en sus cosas para dedicarse a ella. Apenas la miró.

Nancy, sin embargo se detuvo junto a él.

—Hola, detective —saludó—. ¿No me recuerda?

Ramsay la miró un momento de soslayo, aunque sonriendo con toda cortesía.

—Claro que la recuerdo —contestó—. No se le despinta a uno tan fácilmente una mujer como usted.

—Creí que se había ido a Boston.

—Sí, pero he vuelto. Cosas del trabajo.

—¿Y ha averiguado alguna cosa?

—Sólo que el muerto era un periodista. No sé qué buscaría por aquí. En fin, de todos modos pronto lo aclararemos.

—Pues ahora no parece estar buscando huellas de ese muerto. Yo diría que usted busca otra cosa.

—Sí. Es cierto —reconoció él.

—¿Qué busca?

Ramsay resolvió ser sincero. Y dijo algo que un día antes le hubiese parecido ridículo e increíble, pero que ahora le parecía tan real como una amenaza que estuviese escrita en el cielo.

—Estoy buscando una lápida —musitó.

—¿Una lápida de cementerio?

—Exactamente.

La hermosa Nancy Basora le miró pestañeando, como si pensase

que estaba delante de un hombre que empezaba a tener goteras en la azotea.

—El cementerio está algo lejos de aquí —aclaró—. Hay uno al otro lado de la vieja casa, ¿sabe? Un primitivo cementerio parroquial, de los que antes eran frecuentes en Nueva Inglaterra, y donde ahora ya no se entierra a nadie, naturalmente que no. Pero si usted tiene la manía de buscar lápidas las encontrará allí, no aquí. Esto es un cruce de caminos.

—Lo sé.

—¿Entonces…?

Ramsay se encogió de hombros.

—Ya sé que a usted le debo parecer extraño, señorita Basora —dijo—, pero cada policía tiene sus métodos. ¿Qué tal la escuela?

—Bien.

—¿Y el señor Monaghan, el administrador?

—Perfectamente. ¿Por qué?

—Ustedes tienen un centro de enseñanza con mucho prestigio. Las matemáticas, la física y la mecánica no tienen secretos para sus alumnos.

—Naturalmente que así es. De lo contrario no podrían aspirar nunca a ingresar en Harvard. Pero ni el señor Monaghan ni yo somos expertos en todo eso, ¿sabe? Yo soy la presidente del consejo de administración, y el señor Monaghan es el administrador general. Los que saben todo eso que usted dice, y bastante más, son los profesores del centro.

—¿Tienen muchos?

—Más de cincuenta.

—Oiga… ¿y entre ellos no figuró nunca un hombre llamado Ted Laurens?

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué? —preguntó.

—No sé. Podía haber figurado.

—Jamás oí ese nombre.

—Lo suponía.

—¿A qué se dedicaba?

—No era exactamente un profesor. Era un técnico que se dedicaba a terminar aparatos magnéticos de mucha precisión.

Nancy Basora se encogió de hombros.

—Todos los profesores de mi Escuela Superior no son técnicos, sino algo más —dijo—. Muchos de ellos han enseñado en Harvard.

—Comprendo.

—Y ahora perdóneme. Tengo que hacer una serie de cosas todavía. Pero si me necesita para algo no vacile en llamarme y le ayudaré con mucho gusto.

Se alejó con sus suaves andares felinos, con su elasticidad, con sus curvas prietas y ajustadas en su cuerpo donde no sobraba ni faltaba nada, un cuerpo que lo mismo podía servir de modelo para el escultor más artístico que para el más audaz fotógrafo porno. Ramsay pensó que sí que necesitaría la ayuda de una mujer así, pero no precisamente la que ella le estaba ofreciendo.

Cuando se convenció de que por allí no había ninguna lápida funeraria, volvió a la casa. Pero en el sendero tropezó con alguien a quien conocía, alguien que durante un tiempo perteneció a la brigada de Homicidios y luego siguió caminos más complicados, pero seguramente más provechosos.

Gordon avanzó hacia él con la mano tendida.

Gordon era alto y fuerte. Más incluso que Ramsay, lo que ya es decir. Tenía pinta de stopper de rugby. Casi estrujó los dedos de Ramsay mientras gruñía:

—¿Tú por aquí, muchacho?

—No es casualidad. Estoy investigando un crimen.

—Pero ésta no es tu demarcación…

—Lo sé, pero la plantilla de la policía local estaba tan en cuadro que solicitaron ayuda a Boston.

—¿Y qué crimen es ése? ¿Le han tocado las tetas a una vieja?

—No estoy en delitos contra la honestidad, Gordon, sino en homicidios.

—Hombre… Ya sé por qué lo digo. Es que a lo mejor la vieja se ha muerto de gusto.

Y Gordon lanzó una carcajada. Era uno de esos tipos que parecen tomárselo todo a broma, pero bajo su apariencia alegre se ocultaba la frialdad de un hombre de los Servicios Especiales, capaz de partirle a uno la columna vertebral en un abrazo.

Ramsay rió también mientras decía:

—Se trata de la muerte de un periodista que estaba metiendo la nariz en no sé qué. Por ahora no he averiguado nada.

—He oído algo de eso. Se comenta en la población de Bay.

—¿Y tú qué haces aquí, Gordon?

—Vacaciones.

—¿Os da vacaciones la CIA?

—Hombre, alguna vez, entre lío y lío… Hace poco estuve infiltrado en Cuba. Ahora me han dado un descanso.

—Pues yo imaginaba que un tipo como tú se iría a descansar a Florida.

—¿A Florida? ¿A un sitio que está lleno de cubanos que me podrían reconocer? En esta clase de asuntos nunca sabes quién es amigo y quién es enemigo, quién va a dar el soplo y quién no. La CIA me obliga a ir de vacaciones a sitios discretos, donde no llames la atención de nadie.

—Bay te debe resultar muy aburrido.

—¿Piensas que tengo ganas de divertirme? ¿De dar saltos? ¿De liarme con tías? Bastantes cosas de ésas he de hacer cuando estoy trabajando. Ahora lo único que quiero es leer los periódicos y alguna novela policíaca.

Dio una palmada en la espalda a Ramsay y añadió:

—Escucha bien esto, amigo… Ni una palabra a nadie sobre mi verdadero trabajo, ¿eh? A nadie le interesa saber si estoy a sueldo de la CIA o si estoy a sueldo del obispo.

—¿Crees que he nacido hoy? Sé perfectamente que incluso de vacaciones estáis con identidad falsa.

—¿Entonces todo Okay?

—Todo Okay.

Se despidieron los dos. Ramsay fue al encuentro de la madre de Chris.

Ella se hallaba en el jardín y no se dio cuenta de que llegaba.

Ramsay la miró intensamente. Todavía bonita, todavía atractiva, todavía elegante. Pero sin embargo había en ella algo turbio, algo desconocido, algo que parecía estar muy en el fondo de sí misma y que no le gustaba al joven policía. Al comprender que ella seguía sin advertir su presencia, carraspeó ligeramente. Entonces la mujer volvió la cabeza.

—Usted aquí… —susurró.

—¿Pensaba que me había ido?

—Con franqueza, sí.

—Voy a estar aún algunos días aquí. Y me gustaría hacerle una pregunta.

—Como quiera.

—¿Su marido tuvo problemas en el trabajo?

—¿Qué quiere decir?

—He oído decir que terminaba y revisaba aparatos magnéticos de mucha precisión.

—Sí.

—Y que luego eran embalados con muchísima precaución y más tarde remitidos a su destino en barco por el gran volumen del embalaje.

—También es verdad.

—He oído decir, no obstante, que algunos de esos aparatos llegaron estropeados a su destino.

—En efecto, se dieron casos.

—¿Eso creó problemas en la empresa donde trabajaba su marido?

—Algunos.

—¿Amenazaron con despedirle?

—Oh, no… De ninguna manera. Mi marido era un buen técnico y estaba excelentemente considerado. Pero todo aquel asunto le desconcertaba, eso es verdad. No entendía nada.

—¿Llegó a sufrir depresiones?

—Bastantes.

—¿Y una de esas depresiones… pudo llevarle al suicidio?

La mujer enrojeció.

—¡Oiga! ¿Qué está tratando de insinuar?

—El suicidio no es ninguna deshonra, señora. No estoy tratando de insultar la memoria de su marido.

—No es una deshonra, de acuerdo. Pero es una mentira.

—Sólo le he hecho una pregunta.

—No, no se suicidó.

—Usted siempre le ha dicho a Chris que su padre murió de una pulmonía, o algo similar.

—Y es cierto.

—¿Sabe que tengo un certificado de defunción? ¿Y que en él se habla de «hemorragia interna»? Las pulmonías no suelen producir hemorragias internas, al menos que se sepa.

La mujer se puso en pie.

Era alta, estaba bien formada. Y brillaban sus ojos.

Todavía podía enloquecer a un hombre.

—¿Qué quiere decir? —musitó.

—Pudo usted engañar a Chris.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Para evitarle un trauma.

Y añadió:

—Pero Chris ha soñado a su padre con un balazo entre las cejas. Me ha contado sus sueños, mejor dicho sus pesadillas. Y lo malo es que Chris parece algo así como una vidente, ¿sabe? Adivina las cosas.

Ramsay cerró un momento los ojos.

Lo extraño, lo realmente extraño era que en aquella casa también las adivinaba él. Todo aquel episodio de la botella de *whisky* de malta era algo que no se explicaba todavía y que quizá no se explicaría nunca.

—¿Quiere decir que en sus pesadillas ella ha visto la verdad de lo que realmente ocurrió? —preguntó la mujer.

—Algo así.

—¡Qué tontería! Y le ruego que no hablemos más de esto. Es una conversación kafkiana. Además, no tiene usted derecho a hacerme preguntas.

—Es verdad, no tengo derecho. Pero, si le parece bien, dígame en qué compañía trabajaba su marido.

—La Computer Center.

—De acuerdo, gracias. Procuraré no molestarla más. ¿Me permite telefonear?

Ella asintió.

Ramsay fue a uno de los despachos, buscando el teléfono. Encontró en la guía el número de la Computer y llamó. No le fue nada difícil averiguar que, en efecto, Ted Laurens tuvo grandes problemas con los últimos envíos de material, antes de morir. Sin que se supiera por qué, algunas máquinas llegaban completamente descompensadas, mientras que otras llegaban en perfectas condiciones, siendo el embalaje el mismo para unas que para otras. Resultaba inexplicable.

Ramsay preguntó:

—¿Ted Laurens tuvo problemas laborales con ustedes?

—Bueno… Nadie habló de despedirle, claro que no. Era un excelente técnico. Pero la verdad es que estaba completamente descentrado con lo que ocurría, y últimamente apenas conciliaba el sueño y apenas se alimentaba. Su única obsesión consistía en averiguar las causas de lo que estaba sucediendo.

—¿Hacían siempre los envíos por mar?

—Sí. Era más seguro.

—¿Por medio de qué compañía?

—La Atlantic Sea.

—¿Reclamaron ustedes a esa compañía por los desperfectos de las máquinas?

—Claro que reclamamos, pero sin ningún resultado. Y es que, verdaderamente, la compañía marítima tenía razón. Las cajas estaban intactas, como los precintos y los embalajes. Ninguna máquina había sufrido desperfectos por maltrato o por choque. Lo que pasaba era que funcionaban mal.

—¿Lograron averiguar las causas?

—No, nunca.

—¿Y Laurens? ¿Lo logró?

—De ninguna manera. Murió cuando lo estaba intentado.

—Después de la muerte de Laurens, ¿han seguido enviando máquinas por medio de la misma compañía?

—Sí, claro. Es nuestro negocio.

—¿Se estropean?

—Mucho menos que antes.

—Oiga… —Ramsay tragó saliva antes de hablar—. Le voy a hacer una pregunta que tal vez no tenga sentido. Pero… ¿Laurens presentaba muestras de magnetismo en su cuerpo? Quiero decir… ¿podía él alterar las máquinas sin darse cuenta?

—¿Quiere usted decir si era como esos hombres que con el pensamiento doblan cucharillas o algo así?

—Sí. Es más o menos eso lo que estoy preguntando.

—Absurdo. Laurens era un hombre perfectamente normal. Un buen padre de familia, uno de esos tipos que jamás causan ningún problema. Además, si hubiese tenido magnetismo propio, cosa que ninguno de nosotros notó jamás, le hubiera sido imposible trabajar con aparatos magnéticos de alta precisión, ¿no cree? Lo que estoy

diciendo es que los hubiese estropeado desde el primer momento.

Ramsay musitó:

—Me hago cargo.

No cabía duda de que el tipo que estaba al otro lado de la línea tenía toda la razón.

Pero «algo» tenía que haber, «algo» que él no comprendía y que parecía estar más allá de las fronteras de este mundo. Por eso preguntó con voz opaca:

—Supongo que ustedes han pensado mucho en esto, desde que empezó a suceder.

—Mucho. Ha sido una auténtica obsesión para nosotros. Y también lo era para el pobre Ted Laurens.

—¿Han encontrado alguna explicación?

La voz del otro lado del cable llegó infinitamente lejana.

—Ninguna explicación, amigo —dijo aquella voz—, pero no nos pregunte a nosotros.

—¿Pues a quién?

—Pregunte en el infierno.

Ramsay dejó caer el auricular poco a poco.

Sentía que la mano le quemaba.

Le parecía como si el aire estuviese cargado de electricidad.

Y fue entonces cuando lo oyó.

El grito desesperado, el grito de horror de Chris Laurens.

CAPITULO X

Unos momentos antes Chris Laurens había salido de la biblioteca. Había atravesado con una mezcla de respeto y de miedo la sala donde estaba la mesa con el *whisky* de malta. Y respiró aquel aire quieto y cargado de presagios, donde parecía acechar algo que estaba más allá de la muerte.

Y entonces había visto aquello.

Estaba allí, en la mesa. Junto a la botella de *whisky*.

No era una cosa especial. No tenía nada de particular, pero en cambio ella estaba segura de que «aquella cosa» no se encontraba antes allí. Y además, siendo algo tan sencillo y tan habitual, tenía la particularidad de no ser de nuestra época. Se trataba en efecto de un paquete de cigarrillos marca Lucky Strike, pero con el diseño y el formato que tenían diez años atrás, no con el moderno. Y la muchacha se estremeció al ver aquel paquete, no supo por qué.

Alguien lo había dejado allí.

¿Quién?

Pero no era sólo eso.

Chris recordaba muy bien que su padre fumaba aquella marca de cigarrillos… en la clase de paquete que ahora tenía ella delante de los ojos. Y esa forma de paquete ya no estaba a la venta.

La muchacha se estremeció.

¿Quién lo había traído allí?

Sintió que todo daba vueltas en torno suyo. Lo que tenía delante suyo era lo más sencillo del mundo, pero sin embargo le parecía algo sobrenatural. Y fue entonces cuando lo vio.

Cuando sus ojos se clavaron en aquella «segunda cosa».

Cuando vio la butaca de piel situada de espaldas a ella, y por encima de cuyo alto respaldo se elevaba una columnita de humo.

Alguien estaba fumando allí.

Chris sintió que se le contraía la garganta. Era incapaz de respirar. Se ahogaba.

Con un hilo de voz balbució:

—Papá…

Y entonces la butaca fue girando lentamente.

Con una lentitud irreal. Como las cosas giran en las pesadillas.

El hombre que estaba sentado, con un cigarrillo prendido en los labios, la miró.

Chris apenas pudo balbucir:

—Papá…

Y de repente lanzó aquel grito, aquel alarido sin nombre que retumbó en las entrañas de la casa.

Cuando la muchacha recobró el conocimiento estaba en manos de Ramsay. Este la había tendido en uno de los divanes de la contigua biblioteca y le aplicaba a la nariz un pañuelo impregnado de un líquido muy fuerte. Chris tosió un par de veces e inmediatamente sintió como si los objetos de la habitación se fueran concretando ante sus ojos.

Pero aún sentía vértigo.

Ramsay musitó:

—Estabas en el suelo, Chris.

Ella no pudo contestar.

Otra vez volvía a ahogarse.

Ramsay musitó:

—¿Qué te ha pasado, Chris? ¿Qué?

—Él… él… estaba allí.

—¿Quién?

—Mi padre…

Ramsay sintió por un momento como si sus ojos se nublaran, porque una cosa era absolutamente cierta; la muchacha no daba la sensación de estar mintiendo.

—¿Dónde? —musitó.

—En esa habitación… de ahí al lado.

—¿Te ha hecho algún daño?

Chris cerró un momento los ojos.

—Papá es incapaz de hacerme daño… —susurró—. Siempre me… me quiso con toda su alma.

—Entonces… ¿ha tratado de acercarse a ti o decirte algo?

—No lo sé. Yo… yo he perdido el sentido.

Ramsay hizo un gesto de asentimiento. Sirvió un vaso de *brandy* en una copa y exhortó:

—Bebe, por favor.

Ella bebió y luego tosió varias veces, pero se iba sintiendo mejor. Cuando le pareció que ya se había recobrado del todo, dijo:

—No puedo soportarlo más. He… he de irme de aquí.

Y entonces la voz dijo:

—No.

Los dos se volvieron de pronto.

La madre de Chris estaba allí.

Avanzaba poco a poco, con movimientos felinos, con una suavidad que era agradable, pero que también era siniestra, y que hacía pensar —sin que se supiera bien por qué— en algún misterio remoto.

Ramsay apretó los labios. Aquella mujer le gustaba cada vez menos, no podía evitarlo. Parecía complacerse con el sufrimiento de su hija, que estaba ya al borde de la locura.

Chris musitó:

—¿Por qué no vamos a irnos, mamá? ¿Por qué no hemos de volver a Nueva York? ¿Crees que yo puedo resistir esto?

—Si tu padre está aquí, tú debes permanecer aquí.

La frase había sonado como una frase de ultratumba. Ramsay, que estaba inclinado sobre el diván, irguió su atlético cuerpo mientras murmuraba:

—¿Por qué habla con esa naturalidad? ¿Es que no se da cuenta de que aquí todos vamos a volvernos locos? ¿No recuerda que su marido está muerto?

—Chris lo ha visto, ¿no? Pues eso significa que está aquí.

—Eso significa que Chris tiene pesadillas. Y que debe sacarla como sea de esta maldita casa.

Ramsay hablaba completamente convencido de lo que decía. Y pensaba que Chris estaría convencida también. Por eso le paralizó de asombro la voz de la muchacha cuando le oyó decir:

—No voy a irme, Ramsay.

—¿Por qué no?

—Si mi padre está aquí, yo debo permanecer junto a él.

—¿Cómo sabes que es tu padre, Chris?

—Yo lo he visto.

—Has visto algo que se le parece. Pero ¿cómo sabes que es él?

Chris se estremeció de horror.

—¿Qué tratas de decir? —balbució.

—Sólo que es algo que se le parece.

Y añadió:

—Sólo hay un sitio donde podamos preguntar la verdad, Chris.

—¿Cuál?

—El infierno.

La cabeza de la muchacha pareció desplomarse sobre el diván. Sus ojos quedaron un momento en blanco.

Ramsay se arrepintió de haber dicho aquello, pero de pronto notó que la muchacha se rehacía. La resistencia que estaba demostrando tener Chris era fabulosa. En cambio su madre seguía quieta, hierática, con la mirada perdida, como si más allá del aire hubiese algo que sólo ella podía ver.

Ramsay sugirió:

—Vas a quedarte un solo día, Chris. O dos como máximo. Luego yo mismo te sacaré de aquí.

—¿Qué vas a hacer mientras tanto?

El detective gruñó con cara inexpresiva:

—Lo único que puedo hacer.

—¿Qué es lo único que puedes hacer?

Él contestó ominosamente:

—Te lo he dicho antes: preguntar en el infierno.

CAPITULO XI

Por supuesto que nadie puede preguntar en el infierno, pero Ramsay hizo algo parecido: pidió una autorización para abrir el ataúd donde reposaban los restos de Ted Laurens.

Y a la mañana siguiente, bajo una lluvia insistente y fría, bajo un cielo plomizo, mientras el ruido de los aviones que despegaban del aeropuerto Kennedy atronaba el aire, cinco personas se reunieron en el triste cementerio de Queens. Más triste que los otros cementerios porque está rodeado de pequeños y destartalados talleres, de fábricas y de instalaciones que parecen querer robar el espacio a los muertos.

Aquellas cinco personas, aparte del propio Ramsay, eran el secretario del juez del distrito, el jefe de la brigada de Homicidios de Boston, el administrador del cementerio y un médico forense. Todos con las solapas de las gabardinas alzadas, todos con la mirada perdida, todos sintiendo que el frío se les metía hasta los huesos. Y no era solamente un frío físico, sino una especie de frío mental que les iba llenando el cerebro poco a poco.

Los sepultureros alzaron la lápida.

Un ataúd de medio lujo, que aún estaba en muy buenas condiciones, quedó a la vista de todos.

El médico forense gruñó:

—Vaya capricho ha tenido usted, policía.

—No es un capricho.

—¿Pues qué es?

—Quiero saber si ese cadáver está ahí.

—Ahora ya ha averiguado que lo mataron, ¿no? Que no fue una muerte natural. ¿Qué más quiere?

Ramsay se estremeció al recordarlo.

Pero en su rostro que parecía de piedra no hubo ninguna reacción. No reflejó ningún sentimiento.

En efecto, ahora ya sabía que Chris tenía razón. Que en su pesadilla había visto la verdad.

Porque Ted Laurens había muerto asesinado de un balazo entre las cejas. Eso Ramsay lo sabía por Clark, el policía de Nueva York. El caso estaba abierto aún, puesto que no se había descubierto al asesino.

Los ojos de Ramsay se entrecerraron. Sus pensamientos eran un torbellino mientras arreciaba la lluvia.

Ahora sabía una cosa muy importante, aparte el hecho increíble de que Chris hubiese visto la verdad en su pesadilla. Ahora sabía también que la viuda de Ted Laurens había engañado a su hija.

—¿Por qué?

Ramsay no entendía nada. Volvía a sentir vértigo.

Oyó, como si llegara desde muy lejos, la voz del médico forense que estaba diciendo:

—¿Sabe que ese cadáver lleva solamente un año enterrado?

—Claro que lo sé.

—Pues no es agradable ver un cadáver en esas condiciones, se lo aseguro. No es una fiesta.

—He visto otros. Y usted también, doc.

—Bueno, pero de todos modos no es agradable. Prepárese.

Y miró al juez, como pidiendo permiso. Este dijo:

—Alcen la tapa.

El ataúd fue abierto.

Todos cerraron maquinalmente los ojos durante unos segundos.

Pero cuando los abrieron estuvieron a punto de lanzar un grito.

Porque no había motivo para el horror.

¿O quizá sí que lo había? ¿Quizá lo había más aún? Porque en el ataúd no vieron ningún cadáver.

¡Estaba vacío!

Ramsay tuvo que llevarse una mano a la boca.

El juez lanzó una imprecación.

El médico sólo pudo balbucir:

—No…

Con los ojos desorbitados miraron todos aquella caja vacía. Y fue entonces cuando tuvieron la macabra sensación de que lo que habían pensado era verdad, que no les quedaría más remedio que preguntar en el infierno.

O quizá en el cielo.

Porque de pronto oyeron aquel ruido avasallador justo encima de sus cabezas.

No entendían nada.

Pero a veces la cosa más elemental, en determinadas circunstancias, parece una cosa del otro mundo. Para ellos fue como si de pronto el cielo se hundiera, como si alguien hubiese querido enviarles en aquel momento un mensaje del Más Allá.

Y cuando alzaron la cabeza vieron que el hecho no tenía nada de extraordinario. ¿O sí? Porque un helicóptero estaba sobrevolando la fosa a tan baja altura que el remolino del aire casi alzaba el ataúd. Ramsay alzó la derecha mientras mascullaba:

—¿Está loco?

El helicóptero despareció en cuestión de segundos. Todos quedaron boquiabiertos mirando al cielo.

Había sido como una señal.

Y esta vez no era una señal del infierno.

CAPITULO XII

Ramsay volvió a la ciudad de Bay. Pero esta vez hizo casi todo el trayecto en tren, porque no se atrevía a conducir en el estado en que se encontraba.

La última parte del trayecto, desde Boston, la hizo sin embargo en coche. Cuando llegó a la vieja casa, habían caído las sombras. Todo estaba envuelto en un espeso silencio, y más que nunca toda aquella zona parecía la prolongación de un cementerio.

Encontró a Chris.

Chris estaba sentada en uno de los bancos de madera blanca que había cerca del porche. Al verle avanzar hubo en el rostro femenino una expresión de alivio, como si hasta aquel momento la muchacha hubiese estado dominada por el miedo.

—¿Qué haces aquí, Chris?

—No podía estar sola en la casa… Aquí, al menos, me siento mejor… Tengo la sensación de que en cualquier momento puedo echar a correr.

—Eso significa que estás muy asustada.

—Lo estoy. No pude dormir en toda la noche pasada… Creo que voy a volverme loca.

—Entonces, ¿por qué no te vas?

—Mi madre cree que no debo irme.

—De acuerdo, pero no le hagas caso. Nadie puede retenerte si no quieres. Eres mayor de edad.

—Es que me duele… dejarla sola.

—¿Ella piensa quedarse?

—Sí.

Ramsay pensó que los motivos de aquella mujer eran más oscuros cada vez, pero no lo dijo. Simplemente se limitó a indicar:

—Vas a enfriarte aquí, Chris.

Con aquellas palabras quería dar una sensación de normalidad, quería alejar aquel agobiante clima de horror que envolvía a ambos. Pero ella se encogió de hombros mientras musitaba:

—No me importa. Ya nada me importa, te lo juro.

—Al menos cerraré la ventana que comunica el cuarto trasero con la parte de atrás. Hay corriente de aire.

Fue a moverse hacia el ángulo de la casa, pero en aquel momento la muchacha pidió con un hilo de voz:

—Oye, Ramsay.

—Dime…

—¿Cómo sabes que ahí cerca hay una ventana que comunica con la parte de atrás?

Ramsay quedó un momento desconcertado. La verdad era que no había pensado en eso. Pero de pronto notó que unas gotitas de sudor se iban asomando a sus sienes.

Infiernos… La pregunta era lógica. Él no había estado nunca en aquella parte de la casa.

Le costaba respirar cuando dijo:

—¿Es verdad que hay una ventana?

—Sí.

—Dios mío…

—Tú no has estado nunca ahí, Ramsay.

—No…

Ella se puso en pie y avanzó como una sonámbula. Las manos le temblaban. Se abrazó a él como si en el hombre estuviera su único refugio, su último apoyo antes de rodar por tierra.

—¿Qué nos pasa? —balbució—. ¿Qué nos pasa?…

Permanecieron unos instantes así, estrechamente abrazados. Ramsay notaba latir el corazón de Chris como si fuese el de un pajarillo prisionero. Una gran ternura se apoderó de él. Era un sentimiento casi desconocido, que hasta entonces no había experimentado con ninguna mujer.

Pero no era éste el momento de pensar en los sentimientos. La apartó un poco mientras miraba sus ojos vidriosos.

—He de decirte una cosa grave, Chris.

—¿Qué?

—Hasta este momento lo que decías de haber visto a tu padre

me sonaba a alucinación y a fantasía de mujer un poco histérica… y perdona que te hable con tanta claridad. Pero ahora me doy cuenta de que no es así, de que tenías razón. He estado en Nueva York para pedir un permiso de exhumación del cadáver de tu padre.

Chris se estremeció aún más.

—No debiste hacer eso —musitó.

—Era necesario.

—¿Y lo conseguiste?

—Sí.

—¿Qué había en la tumba?

—Nada.

Los ojos vidriosos de la chica bailaron en las órbitas.

—Repite eso —farfulló.

—Muy sencillo: no había nada.

—¿Quieres decir que el cadáver de mi padre había desaparecido?

—O no. Quizá nunca estuvo allí.

—Eso es absurdo. Hubo un entierro oficial.

—¿Tú estuviste en él?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Bueno… Me lo contó mi madre.

—¿Ella estuvo en el entierro?

—Sí, claro.

—¿Sola?

—Me parece que sí.

—¿Y por qué sola?

—Papá era un hombre muy solitario… No tenía amigos ni enemigos. Tampoco tenía parientes. Además mamá no hizo publicar esquelas en la prensa ni comunicó la muerte a nadie.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿No sería porque tu padre murió asesinado?

Chris vaciló.

—¿Asesinado…? —dijo.

—Sí. Una bala en la frente.

—Dios santo…

—Tú habías adivinado la verdad a lo largo de tu pesadilla, Chris.

O al menos una parte de la verdad. Porque es posible que tu padre no muriera realmente.

—Pero entonces… ¿qué significado tendría eso?

—No lo sé, Chris. Pero hay una persona que sí que lo sabe. La única que puede hablar.

—¿Mi madre?

—Sí.

Ramsay había hablado con voz cortante y seca. Chris volvió apoyarse en él como si las fuerzas le fallaran.

—¿Qué vas a hacer? —balbució.

—Hablar con ella, claro.

—No irás a detenerla…

—No. No puedo acusarla de nada, excepto de mentir. Está ocultando algo, algo diabólico, algo que escapa a mi imaginación. Y quiero que me lo diga por las buenas… o por las malas.

—Por favor… Tú… tú no puedes hacer nada contra ella.

—Tranquila, Chris. Me limitaré a hablar. Sólo eso.

Y la besó fugazmente.

No supo por qué lo hizo.

Pero era un impulso que le salía de muy adentro, un impulso que los limpiaba a los dos y que parecía borrar por sí solo todo el mudo horror de aquella noche.

Luego fue al interior de la casa.

Le estaba ocurriendo una cosa increíble.

¡La conocía!

¡Era como si ya hubiese estado antes allí!

Otra vez la sensación de vértigo acometió a Ramsay, quien creía estar viviendo una pesadilla.

Todo aparecía vacío y hostil.

Pero él había estado antes allí. Era verdad. Daba la sensación de regresar del fondo de otra vida. Y le parecía como si en aquella otra vida… ¡hubiera vivido en esta casa!

Llegó a la habitación que ocupaba la madre de Chris. Sin llamar, Ramsay empujó la puerta. Esta chirrió levemente.

Y pudo ver a la mujer ante los cristales de la ventana. Estaba de espaldas a él, mirando la noche. No le oyó entrar.

Ramsay murmuró:

—Por favor, óigame.

Ella se volvió bruscamente.

No se dio cuenta de que ese brusco movimiento le salvaba la vida. No, en aquel momento no pudo imaginarlo siquiera. Pero si hubiese permanecido quieta donde estaba, la bala le habría atravesado la frente como atravesó la frente de su marido.

Porque el plomo atravesó los cristales, procedente de la oscuridad del exterior.

Rozó la cabeza de la mujer, que lanzó un sordo grito.

Y cayó pesadamente a tierra.

CAPITULO XIII

Ramsay saltó hacia ella con la velocidad del rayo y rodó por el suelo a su lado. Sacó el revólver y dio un segundo salto hacia la ventana, chocando con los cristales.

Desde un flanco de aquella ventana miró hacia el exterior, hacia las sombras de la noche. Más allá de la casa se extendían los árboles, unos senderos mal iluminados y las luces lejanas de la ciudad de Bay. Todo estaba en calma, todo era tan normal que a Ramsay le pareció como si aquel disparo formase también parte de una pesadilla.

Pero no era una pesadilla. Alguien había disparado desde las sombras. Y quizá en aquel disparo estaba la clave de todo.

Ramsay no lo pensó más. Tomó impulso y chocó contra la ventana, rompiéndola con el peso de su cuerpo. Dio una vuelta de campana en el aire mientras volaba entre las sombras. Cayó de pie, con el revólver engarfiado entre los dedos, y miró en torno suyo con la fijeza de un reptil.

Pero no se veía a nadie. Aquello estaba tan solitario como un cementerio. Y en realidad hasta podía decirse que «era» un cementerio, puesto que las lápidas se distinguían a muy poca distancia.

Todo estaba envuelto en una calma siniestra. No se oía ni el soplo del viento.

Ramsay se deslizó poco a poco hacia el cementerio.

Había contenido la respiración. Sus ojos estaban turbios. Una milésima de segundo le hubiera bastado para rociar con plomo cualquier objeto que se moviera ante él.

Pero todo estaba quieto en aquel reino de la muerte. Era como si no hubiese disparado un ser humano, era como si hubiera disparado

el propio diablo.

Ramsay se dio cuenta de que ya nada descubriría allí. A pesar de la rapidez con que él había actuado, el autor del disparo tuvo tiempo de escabullirse. Por lo tanto volvió entre las sombras a la casa de la que acababa de salir.

No encontró a Chris.

Era como si la hubiese tragado la tierra.

La llamó dos veces en aquella casa vacía, enorme, donde flotaban las sombras. Y no halló ninguna respuesta. Los ecos de su propia voz se ahogaron en el silencio.

Ramsay sintió algo que no había sentido nunca: era como si el miedo también subiese poco a poco por su columna vertebral. Avanzó pegado a las paredes, con el arma preparada, sabiendo que se enfrentaba a lo desconocido.

Por fin llegó a la habitación desde la que había saltado antes. La madre de Chris aún seguía en el suelo. No había perdido el conocimiento, pero daba la sensación de que podía perderlo en cualquier momento. Sus ojos estaban turbios.

—¿Qué ha ocurrido? —balbució—. ¿Dónde estaba usted, Ramsay?

—He intentado saber desde dónde habían disparado. No he perdido un segundo, ya lo ha visto. Si quería cazarlo, tenía que darme prisa.

—¿Y ha… visto a alguien?

—No. A nadie.

—¿Qué está sucediendo, Ramsay? ¿Qué?

La mujer había cerrado un momento los ojos. Todo su cuerpo temblaba. En aquellas condiciones parecía el ser más desvalido e inocente que Ramsay había visto nunca, pero él sabía muy bien que esa impresión podía ser falsa. Incluso cabía la posibilidad de que todo fuera una comedia, de que hubieran disparado contra aquella mujer sólo para que aparentara lo que no era. Y sabiendo que no iban a alcanzarla.

Ramsay musitó:

—Quizá usted pueda explicármelo.

—¿Yo?…

—Sí. Y si no puede explicarme eso, podría explicarme tal vez otras cosas parecidas. Por ejemplo, por qué se empeña en quedarse

aquí, a pesar de todo lo que está sucediendo.

—Es muy sencillo.

—¿Sí?

—Sí. No tengo otro sitio adónde ir.

—Miente. Tiene un apartamento en Manhattan.

—No puedo pagarlo.

—De momento, aún no la han echado de allí.

—Pero me echarían pronto. Y esto, al menos, es como un hogar. Y me gano la vida mientras no pueda trabajar mi hija.

Ramsay hizo un gesto dubitativo, mientras se acentuaba más y más la sensación de que aquella mujer le estaba engañando. Pero con voz que quería ser impersonal preguntó:

—¿Es eso lo único que se le ocurre contestar? ¿Decir que se gana la vida en un sitio donde su hija puede morir?

—Nadie ha tratado de matar a Chris.

—Puede que le ocurra algo peor.

—¿Qué?

—Que se vuelva loca —dijo secamente Ramsay.

La mujer ladeó un momento la cabeza, rehuyendo su mirada. Se estaba poniendo en pie. Luego se dirigió a la puerta, haciendo oscilar sus nalgas que todavía eran armoniosas. Antes de salir se volvió.

—Ramsay…

—¿Qué quiere decirme?

—Que le doy las gracias. Si usted no llega a entrar en aquel momento, es posible que yo ahora estuviese muerta.

—No lo he hecho con la intención de salvarla —replicó abruptamente el policía.

—De todos modos, gracias.

Y desapareció.

Ramsay no sabía qué pensar.

Había momentos en que tenía la sensación de estar borracho.

Pero lo que más le preocupaba era la desaparición de Chris. De pronto tuvo la sensación de que aquello había sido una maniobra para distraerle, de que mientras él estaba ocupado buscando al que había disparado contra la madre… ¡mataban a la hija!

Fue como si se hiciera una luz siniestra en su cerebro.

Estuvo a punto de lanzar un grito de horror.

Porque se dio cuenta además de que necesitaría por encima de una hora para registrar toda la casa. Aquel edificio era inmenso. Y mientras tanto… ¡podrían hacer con Chris cualquier cosa!

Sus puños apretados produjeron un crujido.

Y pasó a la acción. No iba a estarse quieto un segundo más. Volvió a la ventana pensando que quizá lo más rápido sería saltar nuevamente por ella.

Y fue entonces cuando la vio.

A Chris.

Los rayos de la luna la alumbraban de lleno.

Iba hacia el cementerio situado detrás de la casa.

¡Como una sonámbula!

Ramsay sintió que unas gotitas de sudor resbalaban por su frente. Seguía sin entender nada. Pero guardó silencio mientras la veía avanzar bajo la luna.

Y entonces se deslizó él también entre las sombras. Cruzando el silencio de los largos pasillos, llegó al exterior. Se dio cuenta de que Chris ya estaba en el cementerio.

Una luz irreal lo bañaba todo.

Y Ramsay se dio cuenta de que la muchacha parecía estar fascinada por la muerte. Se había arrodillado frente a una lápida. Tenía la cabeza hundida entre los hombros. En su cara brillaba la decisión.

De pronto alargó ambos brazos.

¡Y con todas sus fuerzas trató de levantar aquella lápida!

La mano de Ramsay se apoyó en uno de sus hombros.

Chris se volvió en silencio mientras gemía. Estaba enloquecida por el miedo, eso se notaba. Pero también parecía estar enloquecida por algo más: una especie de fiebre brillaba en sus ojos.

Volvió la cabeza y farfulló:

—Déjame.

—¿Qué estás haciendo, Chris?

—Yo lo sé muy bien. Vete.

Parecía obsesionada por algo que no quería decir. Pero quedaba

claro que aquel «algo» estaba en la lápida.

Ramsay comprendió que en aquel momento no le podía llevar la contraria. Dijo, con una voz que quería ser optimista:

—Deja. Te ayudaré a sacarla.

Y trabajaron los dos. La chica, con sus solas fuerzas, no hubiera podido desprender nunca aquella lápida de su sitio, a pesar de que estaba removida y eso parecía indicar que había sido sacada de allí al menos un par de veces. Esa fue una de las cosas que extrañaron a Ramsay.

—¿Qué te ha llamado la atención de esta lápida? —preguntó.

—Lo que tú estás viendo. Es la única del cementerio que no queda bien encajada.

—¿Y eso qué te hace pensar?

—Espera…

Los dos vieron entonces que la lápida ocultaba un hueco donde había un ataúd con unos restos humanos, pero todo tan deshecho, tan remoto, tan convertido en polvo que más bien tenía un aspecto de resto arqueológico que de otra cosa. Ramsay se dio cuenta también de que la chica estaba intentando dar la vuelta a la lápida.

—¿Qué haces?

—Por favor, ayúdame.

Los dos trabajaron un momento más, manejando la losa. Y entonces distinguieron la inscripción que estaba esculpida detrás.

No era una inscripción funeraria, como la de la otra parte delantera, sino una indicación geográfica. Se podía leer claramente: North Valley.

¡El nombre antiguo de la ciudad! ¡El mismo que Chris decía haber visto en una lápida funeraria!

¡Y aquella lápida existía! ¡Y el nombre también! ¡Chris no era ninguna visionaria! ¡No era ninguna loca!

La chica vaciló, jadeante de la tumba. Su cara parecía haberse transfigurado, pero también se había transfigurado la de Ramsay.

—Lo imaginaba… —dijo ella con un hilo de voz—. Estaba segura de que esta maldita lápida tenía que existir.

—¿Imaginaste que era ésta porque era la única que parecía haber sido removida?

—Sí… Paseando por el cementerio lo vi. Y me llamó la atención, porque además era del mismo tamaño y del mismo color que la que

yo había visto. Pero no me atreví a tocarla.

—Pero entonces eso significa que… que alguien la ha estado poniendo en el cruce de caminos y luego devolviéndola aquí…

—Exacto. Eso es lo que significa —musitó ella.

—¿Quién ha podido hacer una cosa así?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —balbució ella.

—Hay otra pregunta que quizá no tenga respuesta —dijo Ramsay con la mirada perdida—. ¿Con qué objeto han hecho eso?

Chris no se atrevió a contestar. Sus pensamientos se agitaban como en un torbellino, y quizá por eso mismo no tenía ninguna idea clara. Fue Ramsay el que hubo de decirlo.

—Querían volverte loca, Chris.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Es que soy acaso una rica heredera? ¿Qué van a sacar volviéndome loca? ¿Quién puede tener interés en eso?

—Nadie, lo reconozco —murmuró Ramsay—, pero es que hay cosas absolutamente inexplicables. Por ejemplo que yo conozca sitios de esta casa sin haber estado jamás en ellos. Por ejemplo que tú conocieras las auténticas causas de la muerte de tu padre cuando te mintieron desde el principio y cuando jamás llegaste a ver el cadáver.

—Parece obra del diablo. Es verdad, Ramsay…

—Como también parece obra del diablo lo de esta lápida. Una sola persona no pudo transpórtala hasta el cruce de caminos. Y yo diría que dos tampoco. No pudo hacerlo una mujer. Entonces… ¿qué diablos ocurre? ¿Es que la lápida se ha transportado ella sola?

Los dos guardaron silencio, mirándose a los ojos. Y entre el silencio del viejo cementerio parroquial, comprendieron que estaban dispuestos a aceptar incluso eso: que una lápida hubiera volado a través del espacio para volver loca a una muchacha.

Ramsay decidió al fin:

—Volvamos a la casa, Chris.

—No… no quiero estar allí.

—No tengas miedo. Te encerraré en una habitación y tú tendrás la llave. Nada te puede ocurrir.

—De acuerdo… Confío en ti.

—Hay algo que quiero preguntarte, Chris.

—¿Qué es?

—¿Dónde estabas hace unos minutos, cuando han disparado

contra tu madre?

Chris no contestó.

Quizá aquella pregunta no tenía respuesta. O Chris no lo sabía. O deseaba ocultarla. Pero lo cierto fue que Ramsay no pudo evitar que una especie de zarpazo le arañara el pecho.

CAPITULO XIV

Llegaron a la habitación de la muchacha. La casa seguía envuelta en un silencio absoluto, como si nadie hubiese vivido jamás allí. Los ojos turbios de Chris vieron que todo estaba en orden, y entonces se fue borrando aquella especie de marca que el miedo había ido dejando en su rostro.

—¿Qué vas a hacer, Ramsay? —musitó.

—Registrar la casa.

—¿Y por qué no te ayudo yo?

—Prefiero hacerlo solo. No quiero que corras más peligros.

—De acuerdo… Me quedaré aquí.

—La llave de la habitación la tienes en la cerradura. Cierra tú misma y guárdala. No abras a nadie, absolutamente a nadie. Cuando yo quiera entrar te hablaré a través de la puerta, pero tampoco abras si pronuncio tu nombre. Esa será la contraseña para avisarte de que estoy amenazado. Esta casa es muy grande y en algún sitio podrían sorprenderme.

—Haré lo que tú digas, Ramsay.

Y la muchacha entornó los párpados. Otra vez tenía cara de niña. Otra vez brillaba en sus pupilas un resto de esperanza.

Ramsay sintió el impulso de besarla, pero se dominó. Sus pensamientos volvían a sumirse en un caos. Él también tuvo la sensación —como quizá la había tenido ella— de que iba a volverse loco.

Salió al oscuro pasillo. Oyó el chirrido de la llave al girar en la cerradura. Ahora Chris estaba segura en su habitación, ahora no podía pasarle nada.

Bueno, eso creía Ramsay.

Quizá también lo creía Chris cuando fue a su cama.

Pero lo cierto que fue una sombra más espesa que las otras se despegó de una de las paredes del fondo. Y avanzó hacia ella sinuosamente, igual que un espectro dotado de vida.

Era la sombra de una mujer.

Chris no la vio hasta que la tuvo materialmente encima. Pero antes de verla notó aquel contacto frío en una de las sienes. Se dio cuenta demasiado tarde que le habían apoyado allí el cañón de un revólver.

La muchacha no pudo ni lanzar un gemido.

Estaba demasiado asombrada incluso para eso.

Trató de volver la cabeza, aunque tenía la sensación de que en cualquier momento iban a volársela de un balazo. Pudo ver entonces, aunque de refilón, que la mujer que la amenazaba era joven y bonita, que tenía unos movimientos elásticos y una mueca de cruel decisión en la boca.

La voz metálica ordenó:

—Siéntate en la cama. Y con las manos unidas sobre el pecho, como si rezases. Que yo las vea.

Chris obedeció. Tenía la sensación de que en cualquier momento un plomo la enviaría al infierno.

Y miró entonces de frente a la mujer.

Ahora la reconoció.

Nancy Basora se apartó un par de pasos, aunque ni por una décima de segundo dejó de apuntar a Chris.

—Y ahora, pequeña —dijo—, explícame la verdad.

—¿Qué… qué verdad?

—Voy a volarte la cabeza si no lo haces, nena —susurró la voz —. No creas que me va a costar esfuerzo. Con el silenciador acoplado a este revólver, nadie se enterará. Ni tú. Me han asegurado que no hace ningún daño una bala en el centro de la cabeza.

Chris sintió un estremecimiento. Con la mirada perdida, preguntó:

—¿La verdad? ¿Qué verdad? ¿Qué es lo que quieres saber?

—Sencillamente —musitó Nancy Basora—, quiero saber dónde tienes escondido a tu padre.

CAPITULO XV

Chris quedó tan asombrada que sintió que la sangre se paralizaba materialmente en sus venas. No pudo ni respirar.

Pero ¿qué pasaba? ¿Todo el mundo se había vuelto loco de verdad? Aquella mujer… ¡también creía que su padre estaba vivo!

—No lo oculto en ninguna parte —fue todo lo que pudo decir—. Mi padre está muerto.

—Más vale que no mientas, zorra…

—Yo…

—No me digas que no lo has visto. Eso de que lo has estado viendo lo sabe todo el mundo.

—Naturalmente que se puede saber… No lo he ocultado… Mi madre tampoco. Pero mil veces he pensado que todo ha sido una pesadilla, una aparición…

—Quiero estar segura de eso.

—¿Segura? ¿Por qué?

—Porque todo puede ser un sucio montaje. Y porque tu padre puede estar vivo todavía.

Chris miró fijamente a aquella mujer, intentando mantener el equilibrio de sus nervios.

—¿Por qué quieres estar tan segura de que mi padre está realmente muerto? —musitó—. ¿Por qué?

—Por una sencilla razón: porque yo lo maté —dijo Nancy Basora fríamente.

Chris sintió como un aldabonazo en el cráneo. Estuvo a punto de caer hacia atrás en la cama mientras sus manos temblaban.

De modo que era eso…

Su padre asesinado por aquella mujer desconocida, una mujer a la que quizá no había visto nunca antes… Pero ¿por qué?

Y ésa fue la única pregunta que pudo hacer:

—¿Por qué? —balbució.

—Por el magnetismo.

La cabeza de Chris sufrió una sacudida.

Otra vez tuvo la sensación de que se estaba enfrentando a los misterios del infierno. De que nada de aquello tenía sentido.

—¿Magnetismo? —murmuró.

—Sí. Tú sabes perfectamente que tu padre trabajaba en aparatos de esa clase. Aparatos de alta precisión.

—Claro que… que lo sé.

—Sabes perfectamente que gran parte de esos aparatos llegaban estropeados a su destino, pese a todas las precauciones. Su magnetismo había sido alterado.

—Sí, pero nunca se supo por qué.

—Yo sí que lo sé. Naturalmente que lo sé… Y tu padre llegó también a saberlo. Por eso tuve que quitarle de en medio… Obsesionado por lo que estaba ocurriendo, llegó a meter demasiado las narices en sitios que le estaban vedados. Llegó a meterlas muy adentro.

Chris hizo un gesto confuso, como si no comprendiera.

Tuvo la sensación de que Nancy Basora dispararía igualmente, dijese ella lo que dijese. Pero Nancy Basora aún no lo hizo. Susurró:

—Lo que yo te diga ahora no podrás repetirlo a nadie. Por eso no me importa que lo sepas. La Escuela Superior que yo regento no es más que una monumental tapadera. En ella hay profesores que experimentan con nuevas armas, con nuevos productos letales, con nuevas técnicas de destrucción. Secretos muy bien guardados por el Gobierno llegan hasta nosotros… y nosotros los mejoramos y los revendemos. Hay potencias extranjeras que están pagando espléndidamente por eso. Y te sorprendería saber cuáles son.

A Chris no le sorprendía nada. Mejor dicho, aquello no le importaba nada. ¿Alto espionaje? ¿Contrabando de armas secretas? ¿Y qué? Lo único que a ella le afectaba de verdad era lo que se refería a su padre. Por eso susurró:

—No entiendo qué tiene que ver una cosa con otra.

—Muy sencillo: nosotros enviábamos esas armas perfeccionadas por vía marítima, ya que los conteiners que viajan en buques de carga no sufren registros, mientras que en los aviones el riesgo es

mucho mayor. Pero las consignábamos como «libros de texto» o «material didáctico», para que no hubiese problemas. El prestigio de la Escuela Superior hacía que nunca se sospechara nada.

—Entiendo…

—Pero esas armas iban destinadas a países muy desarrollados, y los aparatos en los que intervenía tu padre también. No es casualidad, por lo tanto, que bastantes envíos coincidieran en el mismo buque. Y tu padre advirtió que el magnetismo de los aparatos se descontrolaba. Eso no era de extrañar, porque al lado de las cajas con esos aparatos había grandes masas metálicas encerradas en otras cajas, en las nuestras. Precisamente al creer que nosotros enviábamos libros, los consignatarios de la carga colocaban a nuestro lado los aparatos magnéticos. Tu padre se volvió loco buscando una explicación, hasta que acabó por darse cuenta de una casualidad: junto a las cajas de sus aparatos, viajaban con frecuencia los contenedores de nuestros productos. Entonces empezó a atar cabos. Y a meter las narices donde no debía.

Chris sintió frío en la columna vertebral.

Balbució:

—Por eso… ¿por eso acabaste con él?

—Sí, pero empezaron a suceder cosas extrañas. A tu padre lo enterraron en secreto. No se le hizo la autopsia, cosa muy extraña. No pude averiguar el emplazamiento de su tumba… Todo eso no me preocupó demasiado, puesto que yo misma había acabado con él. Pero de pronto me encuentro con que tú y tu madre veníais aquí… Oigo decir que tu padre se te aparece… Y un maldito pensamiento me domina: ¿Y si no hubiese muerto de verdad? ¿Y si sólo hubiese estado gravemente herido? ¿Y si todo esto fuera un maldito montaje para atraparme a mí? Por eso quiero que me digas lo que sabes. Tienes que decírmelo ahora… o dispararé.

Las manos de Chris temblaron otra vez.

Los ojos se le habían hundido en las órbitas. No tenía miedo a la muerte, pero se sentía tan hundida, tan sin ganas de vivir, tan impotente, que musitó:

—No sé nada, pero lo único que me queda es un resto de dignidad. Te juro que aunque lo supiese no lo diría.

Quizá hubiera sido más inteligente alargar la conversación de ganar tiempo. Ella misma lo comprendía. Pero no estaba dispuesta a

hablar más con aquella mujer. Lo único que sentía era una inmensa náusea ante la asesina de su padre.

Por eso la increpó:

—Dispara de una vez, hija de perra.

—Antes habla.

—No tengo nada que decirte.

Los ojos de Nancy Basora se achicaron. Parecieron dos puntitos negros en su rostro.

Alzó un poco el revólver y masculló:

—No te preocupes, tu madre hablará más que tú. Sobre todo cuando te vea muerta.

Y fue a apretar el gatillo.

Chris no se movía.

Solamente había cerrado los ojos.

—¿Tú trataste de matar a mi madre hace poco? —balbució.

—Sí, porque ella tiene que estar dirigiendo toda esta trama. Confiaba en hacerte hablar luego a ti. Pero ahora la que hablará será ella.

Y el dedo se dobló sobre el gatillo.

¡BANG!

Chris tuvo un brutal estremecimiento al sentir el silbido de la bala. La sensación de la muerte la hizo encogerse. Pero sólo cuando vio el cuerpo de Nancy Basora, cuando captó el siniestro fluir de la sangre, se dio cuenta de que era la otra la que se desplomaba. La que tenía los ojos en blanco. La que mostraba en la frente una brecha espantosamente roja…

Se derrumbó de pronto.

Y también de pronto parecieron hundirse los cristales de la ventana. Ramsay, con el Smith & Wesson todavía humeante, entró de un salto en la habitación. No cabía duda de que había estado vigilando desde fuera tras descolgarse desde el tejado. Mientras sostenía a Chris en sus brazos manifestó:

—Lo siento. He estado a punto de llegar demasiado tarde.

Y abrió la puerta de la habitación. Gordon, el agente de la CIA con el que se encontró cerca de la casa, y la madre de Chris entraron de pronto. Fue la madre de Chris la que abrazó con todas sus fuerzas a la muchacha, mientras los ojos se le cubrían de lágrimas.

—No sé si algún día me perdonarás… —musitó—. Ha sido terrible, Chris, pero he tenido que soportarlo… Fueron los hombres de la CIA los que me pidieron que les ayudase para desenmascarar el misterio de aquel espionaje. Pero yo sólo quería vengar a tu padre. Te lo juro… Yo sólo quería vengar a tu padre.

Se enjugó un momento las lágrimas mientras añadía:

—Los hombres de la CIA fueron los que sacaron el cadáver de su tumba oficial, por si alguien la abría. Y así ocurrió efectivamente. Fue Ramsay el que lo pidió, porque Ramsay no sabía nada de lo sucedido. Esa mujer que ves muerta ahí, cuando contrató un helicóptero para hacer una rápida parada sobre el ataúd vacío, se dio cuenta de que allí no había ningún cadáver. Y perdió los nervios. Era justo lo que querían los hombres de la CIA.

Chris musitó:

—¿De modo que todo… todo era un plan? ¿Por eso vinimos aquí?

—Sí. Necesitábamos que los de esa organización, que por entonces eran sólo simples sospechosos, perdieran los nervios. Para eso hacía falta que tú, mujer inocente y que no mentía, «vieras» a tu padre. Y los de la CIA me proporcionaron un magnífico actor que en determinados momentos interpretara su papel. Y filmaron unas escenas de esta casa y de tu padre, es decir, de ese actor, intercalándolas en las películas que tú mirabas en el vídeo. Pero como imágenes «subliminales», o sea de las que, por su brevedad, no llegan a ser captadas conscientemente por el ojo humano, pero que el cerebro recoge y asimila sin darse cuenta de por dónde han venido. Por eso precisamente está prohibida la publicidad subliminal, que algunas empresas avispadas habían empezado a hacer en televisión. Y Ramsay, que miró una de esas películas en nuestro vídeo, captó sin darse cuenta escenas de esta casa. Por lo tanto… ¡también él tuvo la sensación de que la conocía!… Eso y la lápida con el nombre de North Valley que los hombres de la CIA colocaban y quitaban regularmente, pudo haberte vuelto loca. Yo sufría terriblemente, Chris… Te pido que me perdones… Pero fue sólo por vengar a tu padre.

Y apoyó la cabeza en los hombros de su hija.

Las lágrimas quemaban en sus ojos.

Pero sabía que Chris la perdonaría.

Como Ramsay sabía que para Chris empezaba una nueva vida… Cuando ideó la treta de encerrarla en su habitación, pero vigilando él desde la ventana, aún sospechaba de Chris. Ahora se daba cuenta de que la muchacha merecía que le dedicase toda su existencia.

Y él estaba dispuesto a hacerlo.

Murmuró:

—Te veré más tarde, Chris.

Le guiñó un ojo y fue hacia la ventana rota, para retirar unos cristales y evitar que alguien se hiciera daño con ellos. Fue entonces cuando vio desde allí al padre de Chris, que se deslizaba por el jardín como una sombra.

Miró a Gordon, el hombre de la CIA, y preguntó:

—Ese hombre ya no hace falta. ¿Por qué está aún ahí?

Gordon miró. Pero ya no estaba. Con gesto de extrañeza, susurró:

—No puedes haberlo visto. Lo enviamos ayer en misión especial a Washington.

Ramsay musitó:

—*¿Que no lo he visto…?*

Y sintió que un sudor de hielo nacía en su frente.

Pero no podía explicar aquello a nadie. Guardó silencio.

FIN